

La Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año XXXIV

BARCELONA 8 DE MARZO DE 1915

Núm. 1.732

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



EN EL TOCADOR, cuadro de Juan Cardona

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La primera lágrima*, por José de Lucas Acevedo. — *La guerra europea*. — *Barcelona. Homenaje a Muley Háfíd*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Rincones de España. Jaca, sus joyas y costumbres*, por el conde de Carlet. — *Libros enviados a esta Redacción*.

Grabados. — *En el tocador*, cuadro de Juan Cardona. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *La primera lágrima*. — *Exposición Universal Panamá-Pacífico de San Francisco de California* (ocho fotografías). — *La guerra europea. Milán. Comité de damas patrocinado por el «Lycéeum féminin» y organizado con objeto de preparar a las mujeres italianas para las eventualidades de una guerra*. — *Convoy de prisioneros austriacos hechos por los rusos en Polonia*. — *París. Concierto dado en un hospital para distracción de los heridos convalecientes*. — *Heridos convalecientes en el salón de lectura de un hospital provisional*. — *Barcelona. Homenaje a Muley Háfíd*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *El general Martín Arrúe*. — *Rincones de España. Jaca, sus joyas y costumbres* (cuatro fotografías). — *Esculturas que han de decorar el frontón del Capitolio de Washington*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anteayer, fué atropellado por un automóvil un niño de corta edad, quedando con una pierna fracturada y semivivo. El *chauffeur* salió en libertad. Se reconoció que no tenía culpa ni responsabilidad de ninguna clase.

Y, en efecto, tal sucede las nueve décimas partes de las veces que ocurren en Madrid atropellos de automóviles, y aun de coches, y hasta de carros.

Como los niños viven en el arroyo, dedicados a estorbar a los transeúntes y a ensayar una precoz afición taurina con cuantos vehículos encuentran, en vez de huir y resguardarse en la acera, se precipitan al paso de los automóviles especialmente, y éstos no pueden evitar hacer desgracias.

El arroyo, en otros países, es para los vehículos, y los transeúntes a pie no lo utilizan sino para cruzar de una acera a otra.

Y no cruzan, en las calles concurridas, sin que un guardia alce el bastón corto, y suspenda la circulación de toda clase de carruajes, ceremonia que se realiza cada cinco minutos.

Así, las contingencias de aplastamiento se reducen a lo mínimo.

En Madrid es delicioso el desorden y seductora la baraúnda.

A veces se pasa una persona un cuarto de hora, en la bocacalle de Alcalá, esperando uu huequecillo para poder atravesar sin ser convertido en tortilla.

En cambio, los peatones llenan el arroyo, y ni se toman el trabajo de desviarse cuando se les viene encima el tranvía o los «*po, po*», así lleguen campañilleando o bocineando con furia.

Por el arroyo transitan con la mayor calma, con más calma que por las aceras, metidas las manos en los bolsillos, mientras los chicos (¡oh dulces juegos de la infancia!) se entretienen en pasar de muleta y poner banderillas a todos los coches, o en echarles disimuladamente entre las ruedas una lata o un aro de fleje de hierro...

Y ¿qué diremos de cuando se agarran a la trasera, lo mismo que monos, y allí se mantienen en equilibrio, dando volteretas de vez en cuando?

¿Y qué, de la efusión religiosa con que pasan la diestra por el barniz de portezuelas y costados, tomando así posesión de lo que codician?

Porque conviene reconocerlo: para explicarse esta atracción misteriosa que los coches ejercen sobre los chiquillos hay que reconocer que es malsana; es el cebo del lujo, de una vida diferente de la de sus hogares, lo que lleva a las criaturas a manosear los automóviles, y a lanzarse bajo sus ruedas, como se lanza a la luz la mariposa...

* *

Y el automóvil, el día en que acabe de inventarse (por ahora está a medio inventar, no cabe duda), dejará de ser artículo de lujo, y se pondrá al alcance, no diré que de los golfos callejeros, pero de las fortunitas modestas, como creo que ya sucede en los Estados Unidos.

Por aquí, gran parte del aparato de artículo de lujo que reviste el automóvil, es debida a desquiciamientos.

Yo no entiendo por qué un *chauffeur* ha de costar tres veces lo que un cochero.

Se llenan la boca con decir que son «mecánicos», pero ninguno de esos mecánicos sabe construir las piezas que se inutilizan en el artilugio, y su mecánica se reduce a saber montar y desmontar el vehículo que manejan.

Todo ello no está muy por encima de la habilidad

común de los cocheros, que también, para poder llamarse tales, tenían que entender su coche.

¡No es suficiente lo que hacen los *chauffeurs* para justificar esos sueldos superiores a los de la inmensa mayoría de los funcionarios del Estado, de los militares, y no hay que decir si de los curas párrocos!

Así se comprende que el *chauffeur* de unos opulentos señores, en una capital de provincia, pasase por uno de los mejores partidos, y no pocas señoritas se comiesen los dedos tras él. Verían dichas señoritas que un abogado o un oficial del Ejército, después de largos estudios y esfuerzos para seguir costosa carrera, no tiene asegurado el pan, y echarían sus cuentas, como es natural y lógico.

Entra también el lujo en los accesorios del automóvil, que todos son caros, como es cara la bencina y la grasa. Además, la construcción de los automóviles no consiente poder saber exactamente lo que se gasta, y deja al dueño a merced del conductor.

Puede considerarse duplicado el coste del automóvil, que, lo repito, debería ser el más barato de los medios de transporte. Dicen, sin embargo, que es facilísimo guiar, y muchos señoritos, sin ir a Universidad alguna, lo hacen a la perfección.

Hay que alimentar la esperanza de ver substituidos por camiones automóviles, esos lentos carrárganos de reata que impiden andar por las calles de Madrid, y parecen emblema vivo del atraso nacional.

Y otra forma de atraso funestísimo la constituyen los niños sueltos por la calle todo el santo día y acaso toda la noche, cuando debieran estar en la escuela o en la camita.

Se me dirá que acaso no tengan camita esos niños. Yo digo que sí, que la tienen, en su inmensa mayoría, más o menos humilde; pero cama en que pudieran dormir, sin vagar por las calles, que son escuela de hamponería; porque no es posible que tal enjambre de muchachos carezca de padres y casa donde recogerse.

Es un estado social deplorabilísimo, el que representan los millares de criaturas, abandonadas como animalitos, como si a nadie interesase su educación, su moralidad y su existencia...

¡Triste y terrible problema! Valdrá más no pensar en él ya que no está en nuestra mano solucionarlo. Pero algo cabría hacer, imponiendo multas a los padres que dejan a sus hijos por las vías públicas, expuestos a hacerse aplastar, y buscándolo.

* *

Se han cerrado las Cortes.

No es mal dolor de cabeza el que se le quita al Gobierno.

En efecto, gobernar con las Cortes abiertas va haciéndose cada día más difícil. Es un arco de iglesia.

Hoy no existen aquellas disciplinadas mayorías de antaño. Con las divisiones innumeras y los atomísticos fraccionamientos, cuando el Gobierno quiere apoyarse en la mayoría, se encuentra con que se le va de entre las manos, deshecha en polvo.

Así es que los Gobiernos temen cada vez más a las Cortes...

Y doblemente las temen, en las críticas circunstancias actuales, cuando el porvenir de Europa, en vez de aclararse, se muestra cada día más sombrío y amenazador.

Ha llegado la hora de que nuestra pobre pesetilla gane en el cambio, mientras pierde la moneda de los otros países...

Esto pudiera parecer un símbolo, pues nosotros debiéramos en efecto, salir ganando con esta guerra, ya que podemos mantenernos neutrales.

La ganancia más efectiva sería, aprender y aplicar las lecciones que de ella se desprenden, y que no es fácil concretar en breves párrafos.

Y dudo, además, que tal aprendizaje quepa en nuestro temperamento imprevisor, enemigo de la atención y la concentración de pensamiento.

Probablemente de la guerra nada material ni moral sacaremos en limpio. Gracias que nada perdamos, que ningún disgusto tengamos que lamentar.

* *

Las noticias acerca de la pierna de Sara Bernhardt han sido tan contradictorias, que no faltó quien supusiese que la famosísima trágica, viendo cómo la guerra lo absorbe todo y lo hace olvidar todo, se buscaba un gigantesco reclamo suponiendo una amputación que no existía.

Todavía no falta quien sostenga esta tesis, que me parece folletinesca.

Lo que no comprendo es por qué Sara ha preferido la mutilación a la inmovilidad de unos meses,

sobre una *chaise longue*. Toda contingencia es preferible a la mutilación, y más tratándose de una mujer que, a pesar de sus muchos años, todavía arrancaba aplausos con su arte, y encarnaba personajes jóvenes, sin chocante impropiedad.

¡Las piernas de Sara! Eran muy bonitas, por lo largas y derechas, cualidades que no suelen tener las de la mayor parte de las mujeres. Así, su andar poseía un ritmo, una gracia propia.

Recuerdo lo juvenil de las piernas de Sara en *El Aiglón*. Hace falta una arquitectura especial de formas, para que una mujer de bastante más de sesenta pueda caracterizar el personaje del Duque de Reichstadt, casi un adolescente, de gentil y melancólica figura.

Difícultó que ni otra actriz ni otro actor vuelva a darnos un duque de Reichstadt tan interesante. Y evoco el balanceo de las finas piernas calzadas de seda y enfundadas en el blanco calzón de casimir, sobre el brazo del sillón donde el abuelo, «el viejo Emperador» deja un momento desbordarse el cariño hacia el nieto, hijo del soldado de fortuna...

Todo ello me aumenta la pena de saber que han cortado una de esas piernas nerviosas y bien modeladas, y al suponer que Sara no volverá a pisar la escena con su único pie. *Son* capaces de escribirle papeles que pueda desempeñar sentada... Porque los franceses, hay que reconocerlo, cultivan asiduamente el huerto de su gloria. No sólo lo cultivan, sino que imponen sus productos al mundo entero.

Yo no era incondicional admiradora de Sara; la encontraba algo enfática, algo afectada declamando, y la afectación es el peor defecto; pero me hubiese guardado de decirlo en París, como no fuese en gran confianza.

Habían hecho de Sara un dogma... Y claro es que, tal cual era, debemos lamentar la desdicha que la inutiliza, si no en lo mejor de su carrera, en su todavía refulgente ocaso.

* *

La personalidad de Sara fué original, saliente, curiosa. Fuese que su naturaleza la indujese a ello, fuese que conociese profundamente el modo de ser de sus contemporáneos, Sara supo tener siempre fija la curiosidad de París, y por ende la del universo, en sus excentricidades y caprichos de todo linaje. Cuanto la rodeaba se teñía del mismo cambiante color, sucediendo una rareza a otra, y siendo todo ello extraño y comentable.

Hay muchas personas que son raras para sí mismas, o para un pequeño círculo; Sara lo era para ambos continentes, y quién sabe si, en el fondo, no era más que una práctica burguesa, que, repito, entendió bien a la generación en que le tocó vivir.

Desde el famoso ataúd acolchado en que dormía (?) hasta el león que traía suelto (aunque ambas cosas se acepten sólo como leyendas), todo fué en Sara la encarnación misma de eso que se llama la *pose*, y que acaso es la quinta esencia de un aspecto de la mentalidad francesa, como el traje encarnado de Juan Richepín, y las pretensiones de mago del Sar Péladán. Cosas que por aquí no sólo se ignoran, sino que nos matan de risa cuando las averiguamos.

España será lo que ustedes quieran, pero no *poseuse*; ni consiente que nadie lo sea.

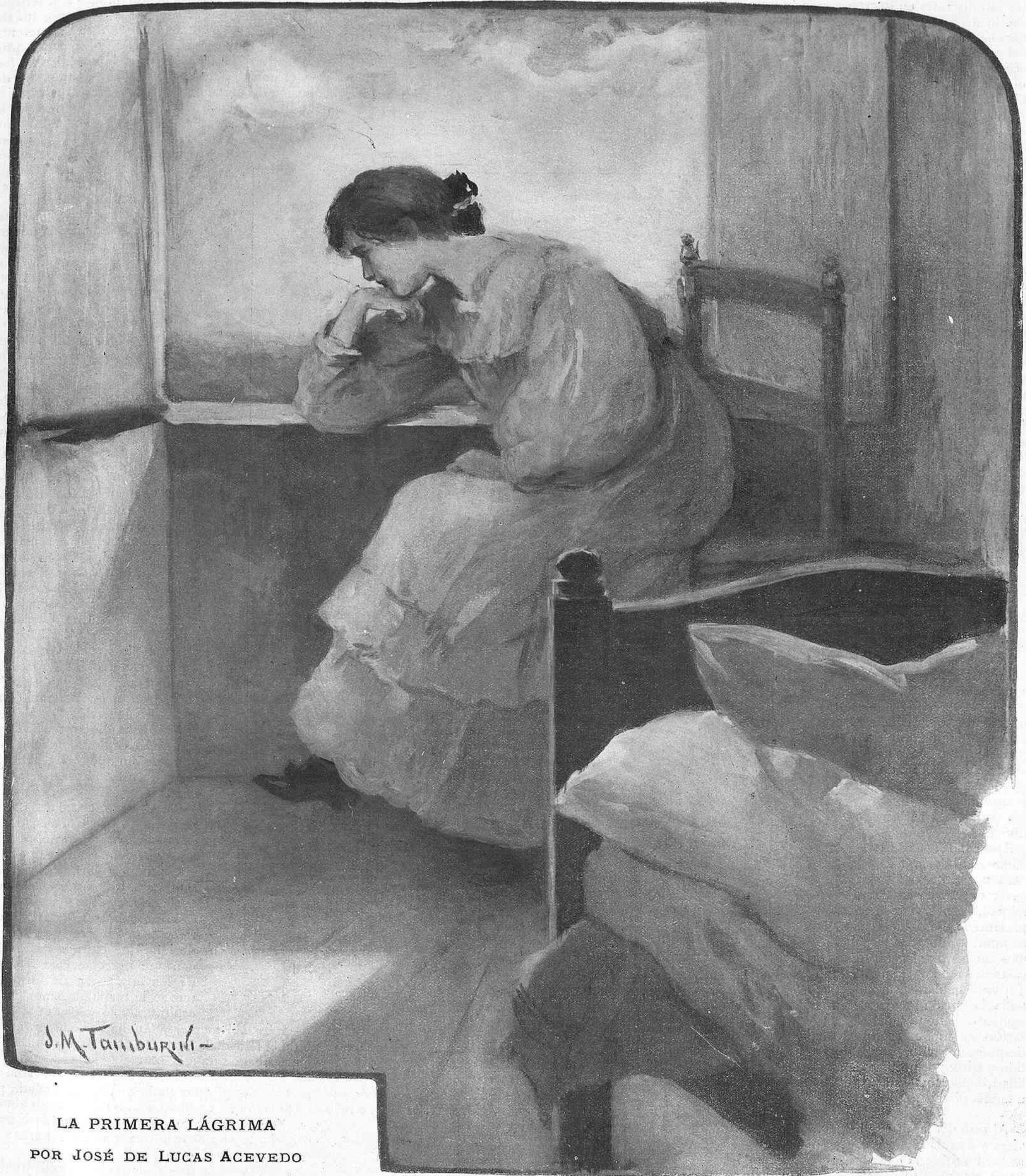
En suma, Sara logró alborotar el cotarro, y tener más nombre del que tendría, si se limitase a representar lo mejor que pudiese, y luego se recogiese a su casa, no a dormir en un féretro, o hacerlo creer, sino a rebujarse entre unas mantas y entre unas honradas sabanas de lienzo. La extravagancia fué para Sara un instrumento del trabajo, como otro cualquiera.

Una vez que vi cómo se vestía, para *Teodora*, noté que la doncella le presentaba, en una bandeja, no las sortijas con las cuales había de enojarse las manos, sino más de trescientas o cuatrocientas sortijas diferentes, todas magníficas. Era evidente que la actriz quería enseñar su sortijero, pues para el papel, bastaba que le trajesen la que habitualmente lucía en la escena de recepción de los Embajadores.

Y así fué siempre Sara, lo cual no quita para que deploramos la desgracia que sufre, y que debe llorar el Arte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



LA PRIMERA LÁGRIMA

POR JOSÉ DE LUCAS ACEVEDO

dibujo de Tamburini

Atel, a solas en su cuarto de soledad, asomada a la ventana abierta a la noche y a la vida...

I

Al núcleo distinguido que, después de la cena, formaba tertulia todas las noches en la terraza del hotel, fué presentado, por no se sabe quién, Ernesto Rojas.

Constituían el grupo aparte - esa inevitable pena murmuradora y hostil, de pasajeras amistades, que surge en todos los hoteles - las damas más encopetadas y las jovencitas más *chic* de la pensión, secundadas por los hombres de mejor porte.

No hizo mal papel Rojas. Al baluarte esencialísimo de su carrera brillante, de su cultura singular, de su especial don de gentes, que era como un título de hospitalidad para todas partes, como una llave maga que abriera todas las puertas, unía la sugestión atrayente de sus simpatías, la correcta modali-

dad de sus ademanes, y una encantadora palabrería tan frívola y pintoresca como seductura y galana. De ahí que, al ser presentado aquella noche, el corro se ensanchara gustosa y placenteramente para ceder puesto de preferencia al nuevo contertulio.

A la presentación y a los saludos siguió una pausa aprovechada en escrutar con ojos disimulados primero, casi impertinentes después, al recién llegado. Las doncellitas jóvenes y las mamás que pretendían aparentarlo, pararon toda su atención y toda su cortesía en el aparecido galán, que por tácita y común reflexión sería antepuesto a los demás del grupo: de éstos, cuál más, cuál menos, tenía su novia, su teoría refractaria al matrimonio, o bien su amada en perspectiva. Así, pues, Ernesto, del que nada sabían, encarnaba el misterio de una promesa tal vez, y por de pronto, venía a ser como un envia-

do providencial al que imaginativamente ya se estaban rifando las chicas.

Rojas, comprensor de tan complicada psicología, lo entendió así y, ni halagado ni vanidoso, modesto y prevenido, se encastilló en la más absoluta indiferencia, porque así cumplía a sus circunstancias.

Claro que no le desagradaba haber caído de patitas en el grupo y verse agasajado cordialmente, como un pájaro bonito disputado por nenas nada feas; así como así, tan favorable situación atenuaría el tedio que presintiera al llegar a aquel pueblecito serrano, donde le guiara la fama de sus cualidades sanitarias y de sus aires puros y confortables, ya que él estaba necesitado de un poco de reposo espiritual y de otro poco de reconstitución física.

Se siguió la conversación empezada. Hablaba doña Concha de «sus hijas del alma»; de aquéllos dos

seres tan distantes en lo externo y en lo íntimo. Carmela, la mayor, era rubia, delicada, exquisitamente femenina, tan formal, tan mujercita y tan adentrada en sí misma, que parecía una vieja de dieciséis inviernos; hablaba con mesura, discernía con sensatez y obraba en todo con atinado juicio y pura dignidad. No así Atel, aquella Atel de sus pecados *inconfesos*, en la que hasta su exótico nombre — frase inicial en sus balbuceos de bebé, que perduró a través del tiempo — era extravagante y raro, aunque no desplacía.

Atel poseía un fosco cabello endrino, enmarañado, rebelde, flotante, como melena de doncel medioevo; ojos negros, abismáticos, que resaltaban con intensidad hipnótica en el óvalo perfecto, hebreo, moreno y persuasivo del rostro. Sus palabras daban sensación de su fortaleza espiritual; y sus maneras revelaban fielmente la energía de su vitalidad. ¡Catorce fechas espléndidas, discolas y revoltosas que alternaban con los chicuelos, en orgía de carreras y cachetes, en travesuras y juegos pueriles! Un día, al querer trepar a un árbol descendía con un *siete* en el vestido; otro, una pedrada certera acardenalaba su mejilla; alguna vez, una caída dislocaba un brazo o una pierna. Atel, en fin de contratiempos, diríase el caudillo de chicos y chicas surgidos en aquella colonia estival.

— ¡Esta hijita, musitaba doña Concha, ha debido nacer varón!

Carmelita fué presentada al correcto desconocido. Y a expreso deseo de éste, tal vez más por galantería que por interés, gritó doña Concha, a la otra, a la traviesa Atel, para que también brindase su saludo a Ernesto. La chicuela hebrea, de intensa negrura en los ojos, acudió al materno requerimiento y cruzó nerviosa su mano con la que en gentileza tendía el Sr. de Rojas.

— ¡Vamos, nena; siéntate aquí y aprende a ser formalita una vez siquiera!, reconvino doña Concha.

Apercibida y sentada en una mimbreña butaca junto a la ocupada por Ernesto, al pronto, todavía obsesa en su trivial ingenuidad, apenas si reparó en el presentado. Pero luego, ante la fascinadora mirada de aquellos ojos de hombre acariciadores y galanes, a influjo de su mundano y frívolo hablar susurrante que pulía la boca sencilla y despreocupada, sintió una extraña sensación de reposo espiritual, de íntima ternura. Y después, un pudor virginal le arreboló el rostro pálido y triste por hechizo de amor, al notar — ¡oh realidad importuna! — su vestido corto y sus calcetines a media pierna...

Al otro día la niña se había transformado de traviesa y discola en formalita y quieta. Y rápidamente se cernió sobre la inesperada cordura de Atel, votada al amor y a lo desconocido en una transfiguración sentimental, la picardía adolescente de sus amiguitas, que cuchicheaban su impresión con palabras, niñas, y se permitían mirarla envidiosas, mujercitas y tristes, con ojos grandes. Y todas las otras, las adultas y las solteras, las mayores y las *madrecitas*, no pudieron reservar tampoco su asombro unánime y su rencorcillo amical ante aquella *muñeca viva* que se presentaba a ojos vistas como una elegida de epitalamio y una figura de poema.

También doña Concha, con esa intuición tan natural y tan humana de todas las madres, presintió la causa del rápido cambio observado en su hija, inefablemente volandera y reidora hasta entonces, y ya puesta en trance de suspiros y melancolías. Pero obstinada en recelo y temerosa de engañarse, ahondó con preguntas en el corazón mozo de la hija amada.

— ¿Qué tienes hoy, Atel?..

— ¡Ay, mamá..., nada!..

Y al responder, le tembló un vago deseo de llanto

en los ojos como si quisiera confiar un secreto por ellos. La madre, no en vano perspicaz, porque ser madre es como ser hija dos veces, intermedió:

— ¡Tú estás mala!.. ¿Te pasa algo?.. ¿Qué tienes?.. ¡No me lo ocultes!..

— ¡No sé por qué dices eso!

— ¡Mira, hijita: a mí no me engañas! ¡No juegas, no ries! Tú estás entristecida.

— ¡No, mamá! Yo estoy como siempre...



Exposición Universal Panamá-Pacífico de San Francisco de California. La torre de las Joyas, situada cerca de la entrada principal. (Fotogr. remitida por Carlos Trampus.)

Entonces doña Concha comprendió aunque intuitivamente esos caminos de dolor que abre un como oculto rocío de lágrimas; y la requirió amorosamente hacia su seno. Temía por aquella carne de su alma, que era el alma de su vida. Y volvió al halago:

— Oye, mi vida: si estás enferma, ¿por qué no me lo dices?..

— ¡Qué he de estar, mamá!.. ¡Si tú te empeñas!.. ¡Estoy muy contenta!..

No hablaron más. ¿Para qué? Sobrado sabía doña Concha la razón de la seriedad de Atel. El amor, el pícaro amor, habíale anidado alma adentro, como pajarillo errante que se acoge a un nuevo refugio.

Desconcertada estuvo todo el día la buena señora. ¡Bah, bobadas de su nena, ciega aún a la vida y a las emociones! ¡Bobadas, sí, que debían interrumpirse a todo trance! De fijo que fué un descuido del azar, un *porque sí* injustificado e indiscifrable, sin fundamento alguno. No era, no podía ser creíble que Ernesto se hubiese enamorado de Atel, y menos tan *a quema ropa*, ni que súbitamente hubiese abordado el corazón de la chiquilla. Tal conducta no hubiera sido digna ni correcta en el caballero.

Desconocido, absolutamente desconocido para todos, menos acaso para el acreedor a su presentación, era aquel D. Ernesto. Y para adivinar su hidalguía sobraba la impertinencia psicológica, bastaba, aunque no se fuese precisamente un Séneca, oírle hablar. ¡Decididamente, todo eran coqueterías de aquella mocosilla!

Cuidóse bien Atel de acudir pronto a la tertulia de la terraza y colocarse aquella noche de luz de plata, tan exaltadamente esperada y silenciosamente entrañable, muy cerca del preferido. Y para nadie pasó inadvertida su impaciencia emocional, si no fué para el mismo Ernesto; para él que nada sabía de la ilusión despertada en las fibras románticas de la chiquilla. Pero su ignorancia era interpretada por la nena, muy en lo íntimo de su alma, por un benigno y encubierto desdén simplemente, porque cuando el corazón ingenuo ama, por ese secreto espiritual que es inocencia, siempre se cree correspondido.

Además, tampoco sabía Atel descifrar concretamente qué sentimiento era el que removía su sangrecilla joven. ¿Amor?.. Creía sencillamente satisfecho el impulso nuevo, sin ninguna otra más íntima sospecha, con acercarse a él, con sentirle junto a sí; con hacérsele presente en familia se quieren presidir los afectos, como cuando en caravana se desea marchar delante o, más frívolamente, chiquilla y loca, como cuando revoluciona el afán esa necesidad pueril de estar en el teatro en primera fila.

Doña Concha, devota de apariencias, temerosa del ridículo, no cesó de insinuar a la hija que variase de sitio. ¿Qué se diría maliciosamente al verla mariposar en gracia de coqueterías junto a Ernesto, con ese rondar insistente y loco de los cariños?..

Debía evitar doña Concha, al menos, que los dos observados hablasen entre sí. Y así lo hizo buenamente con su plácida confianza maternal, interrogando continuamente a Atel, distrayéndola, y estableciendo una conversación general.

En fuerza de conversar llegaron a ese capítulo indefinido y prosaico, en que todos, habladores y oyentes, quieren echar su cuarto a espadas para decir de la Vida. Ernesto, ajeno a las reflexiones de doña Concha, demasiado reservadas; ajeno, absolutamente ajeno a las emociones que producía en la virginidad sentimental de Atel, decía y escuchaba muy atinadamente.

Y después, ante la atenta corrección de los presentes, bañado de luna que entraba melancólicamente por el encaje obscuro de los árboles, y de idealidad que se le metía añorante por el espíritu, habló solemne:

— Indudablemente, la familia es como un anticipo de la felicidad. De padres a hijos una escala divina sirve de ruta a la quimera de las almas. Y si después de esta vida, tan casera y tan nuestra, no hay una gloria, ¿qué gloria mejor para soñada por una abuela que un nieto, y una nieta por un abuelito?.. Ya hace tres años que nació mi primera nena en Italia, la eterna, a la que me llevó el arte y de donde me trajo el amor!..

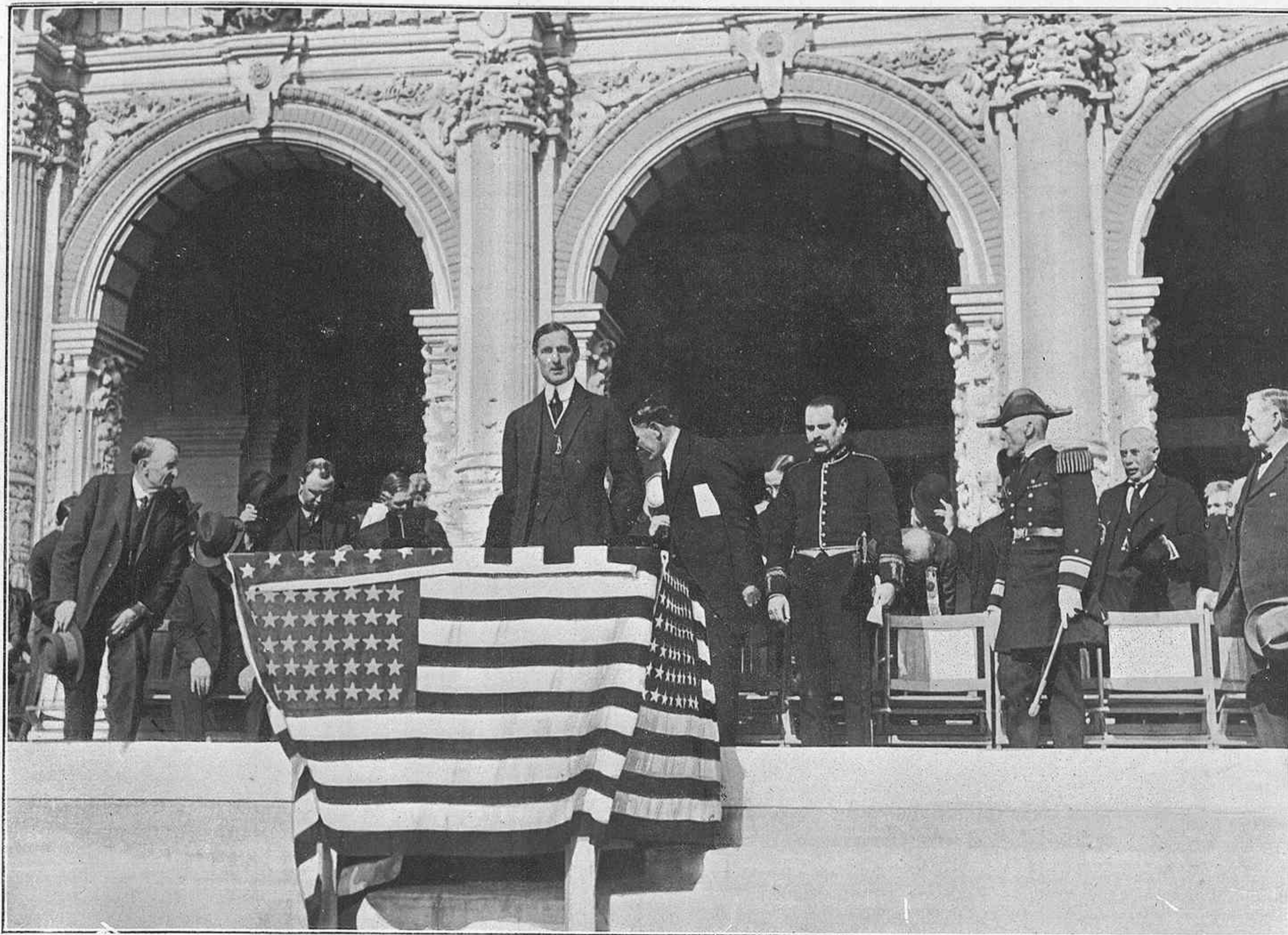
Ni Atel ni doña Concha, asombradas y distraídas, pusieron atención al final del relato; pero sí, como la línea lejana del horizonte funde cielo y tierra, se confundieron el viejo corazón cansado y la ávida alma nueva en un mismo desaliento. ¡Casado!..

Decepcionadora aflicción para la niña que, ante lo revelado, amargamente podía ser mujer; y vulgar desencanto para la madre, que por fatal monotonía de su vivir ya no poseería el perdido consuelo de retornar a su hija a una infancia abandonada.

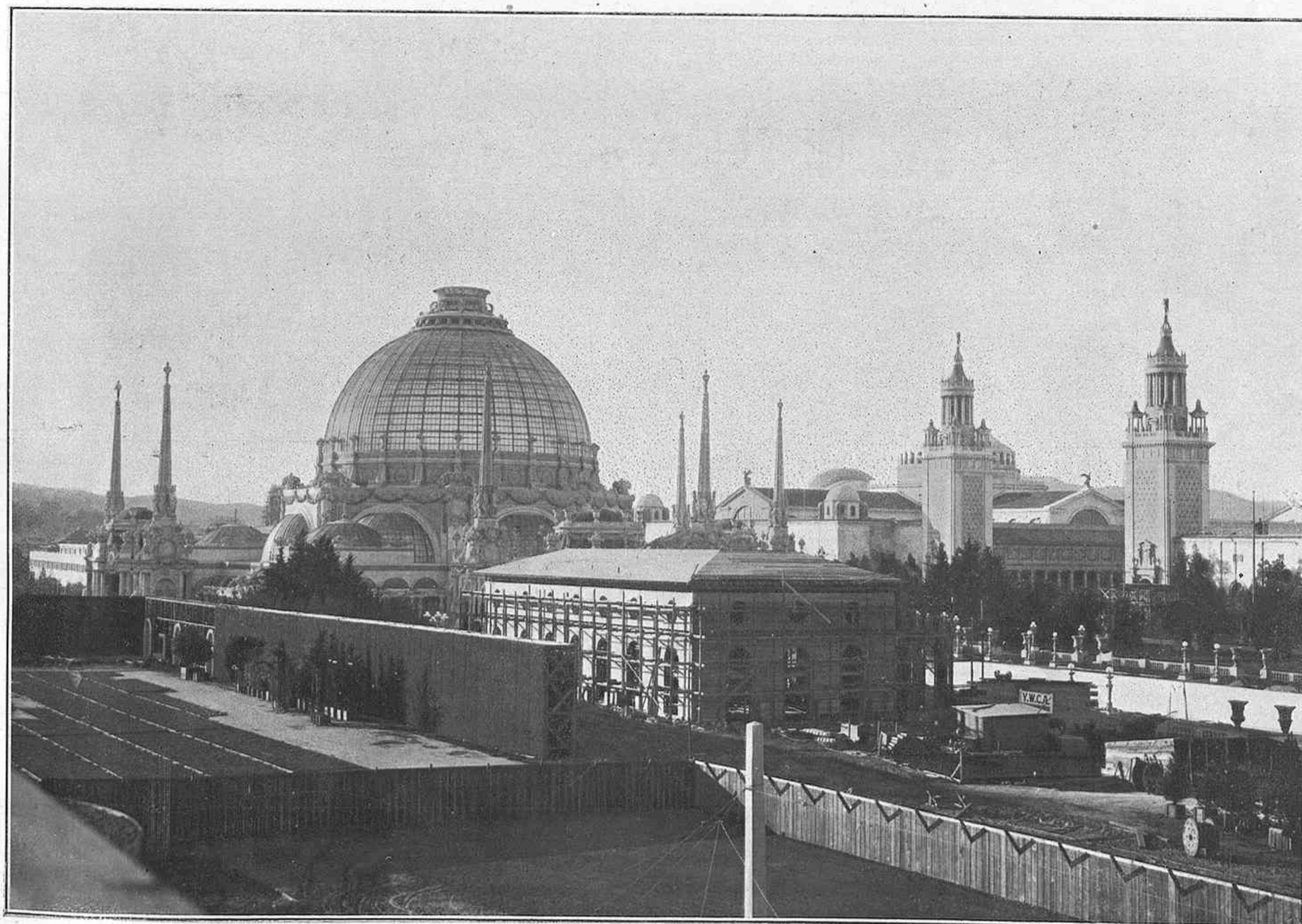
Aquella noche, Atel, a solas en su cuarto de soledad, asomada a la ventana abierta a la noche y a la vida, erró su mirada hasta la luna por si allí pudiera ver irrealmente un mundo mejor. Y lloró quizás su primer lágrima, brindada a la melancolía de las desolaciones eternas. Fué la primera en su llanto que se perdió en la ignota lejanía como se pierde una estrella entre luces al correr solitaria y fulgurante de un punto a otro del cielo.

¡El mismo zisás misterioso, brillante, luminoso y áureo había dibujado una ilusión en su alma!..

EXPOSICIÓN UNIVERSAL PANAMÁ-PACÍFICO DE SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA



Inauguración oficial de la exposición. — El secretario de Hacienda Mr. Guillermo G. Mc.Ado, en representación del presidente Wilson, dirigiendo un discurso al público que asistió al acto. Detrás del Secretario y de izquierda a derecha están el conde del Valle de Salazar, en representación de S. M. el Rey D. Alfonso XIII de España, y el almirante Tomás Benton Howard, jefe de la escuadra del Pacífico. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



Vista Sudeste de la Exposición desde la entrada principal. De izquierda a derecha: Palacio de Horticultura y Palacio de Educación; en el fondo, el Palacio de Agricultura

LA GUERRA EUROPEA

En el teatro de la guerra occidental no se ha modificado sensiblemente la situación de los beligerantes. Únicamente en la región de la Champaña se ha luchado con alguna actividad y los resultados de los varios combates allí entablados han sido favorables a los franceses, quienes han ocupado hasta 2.000 metros de trincheras alemanas. También han realizado los franceses algunos progresos en el Argona y han ocupado en la Alsacia el pueblo de Streswirk rechazando los contraataques intentados por el enemigo para recuperarlo.

Los ingleses han rechazado en Bélgica algunos ataques de los alemanes y ganado un centenar de metros en el camino de La Bassée, y los belgas han destruido dos fortines cerca de Dixmude y han ocupado una alquería sobre la orilla derecha del Iser.

Los alemanes, por su parte, dicen haber rechazado y contrarrestado los violentos ataques de los franceses en la Champaña, haber efectuado importantes progresos en los Vosgos, habiendo desalojado a los franceses de sus posiciones en un frente de 20 kilómetros y en un fondo de seis, y haber tomado varias posiciones enemigas al Norte de Verdún.

En el teatro de la guerra del Este, los rusos, según se consigna en sus despachos oficiales, han obtenido importantes éxitos en la Polonia septentrional: han rechazado los ataques alemanes en la izquierda del Vístula; han tomado varios pueblos situados en los caminos de Racionsh-Plock; en la región de Praszysz han obligado a los alemanes a retirarse y han ocupado la ciudad de aquel nombre, perdiéndola luego y recuperándola poco después; han roto totalmente la resistencia alemana, progresando vigorosamente. Según dichos despachos, los alemanes han pasado en todo el frente de la ofensiva a la defensiva; y al decir de noticias particulares, los últimos éxitos han tomado proporciones considerables, revistiendo la retirada de los alemanes los caracteres de una huida a la desbandada, en la que abandonan prisioneros, cañones, ametralladoras y trenes.

Además, el Estado Mayor ruso desmiente que su 10.º cuerpo de ejército haya sido aniquilado, como afirmó el cuartel general alemán, y dice que, por el contrario, está combatiendo sin haber experimentado pérdida alguna y que sólo algu-

rechazado los ataques del enemigo y han tomado algunas alturas.

Los alemanes confiesan que después de haber tomado Praszysz, en donde hicieron 10.000 prisioneros y tomaron 20 cañones, hubieron de retirarse por haberse presentado fuerzas enemigas muy superiores; pero, en cambio, dicen haber

ban. En cambio, en la región de Anatolia, según noticias de procedencia turca, han sido rechazados los rusos con grandes pérdidas.

El torpedero francés *Dagne*, que escoltaba un convoy de víveres para Montenegro, chocó en el puerto de Antivari contra una mina austriaca y se fue a pique.

El Almirantazgo inglés ha publicado un parte detallado de los ataques efectuados contra los fuertes de la entrada de los Dardanelos por la escuadra anglo-francesa los días 25 y 26 de febrero último. A las diez de la mañana los buques *Queen Elisabeth*, *Agamenón*, *Irresistible* y *Gaulois* comenzaron a bombardear los fuertes del cabo Helles, de Seddul-Bahr, de Orkarich Dabia y de Kum Kalovski, desde una distancia de 11.000 yardas. Poco después, el *Vengeance* y el *Cornwallis*, protegidos por el fuego de cañón de los otros barcos, avanzaron rápidamente y atacaron el fuerte del cabo Helles, cuyas baterías quedaron reducidas completamente a la impotencia, mientras los fuertes Orkarich Dabia y Kum Kalovski comenzaban a hacer un fuego lento y mal dirigido.

El *Suffren* y el *Carlo Magno* atacaron, a su vez, estos dos últimos fuertes aproximándose a una distancia de menos de 2.000 yardas pudiendo observarse a los pocos momentos que dichos fuertes no se encontraban ya en estado de oponer una resistencia eficaz. El *Vengeance*, el

Triumph y el *Albión* recibieron orden de completar la misión de reducir los fuertes a la impotencia, y a las cinco y media de la tarde los cuatro fuertes citados dejaron de contestar al fuego de los barcos.

En seguida comenzaron los trabajos para librarse de las minas, bajo la protección de una división de acorazados y torpederos, quedando desembarazado el estrecho en una distancia de cuatro millas; y a la caída de la tarde los turcos incendiaron la aldea situada a la entrada de los Dardanelos.

El día 26 de febrero, los buques *Albión* y *Majestic*, escoltados por el *Vengeance*, llegaron hasta el límite del espacio libre de minas y atacaron el fuerte Dardanus; la respuesta a este ataque no tuvo la menor eficacia.

Después de haber sido bombardeado desde el interior del estrecho, el enemigo abandonó los cuatro fuertes del cabo He-



Milán. - Comité de damas patrocinado por el «Lycéum Feminile» y organizado con objeto de preparar a las mujeres italianas para las eventualidades de una guerra. (De fotografía de Argus.)

rechazado a los rusos en las regiones de Grodno y Ostrolenka, situadas también en la Polonia septentrional, habiéndoles ocasionado grandes pérdidas.

Los austriacos dicen que en Galizia han logrado tomar a los rusos algunos puntos de apoyo; que han fracasado las tentativas de avance del enemigo en los Cárpatos y que después de empeñadísimos combates han desalojado a los rusos de varias posiciones que en dichos montes ocupaban.

Algunos buques de guerra austriacos que salieron del canal de Cártaro, bombardearon algunas posiciones montenegrinas, especialmente las que dominan Badna, habiendo causado muy pocos daños.

Los serbios han rechazado una nueva invasión albanesa.

Varios aeroplanos alemanes han efectuado un *raid* sobre el condado de Essex (Inglaterra), arrojando bombas que no oca-



Convoy de prisioneros austriacos hechos por los rusos en Polonia. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

nos elementos del 20.º cuerpo han quedado en una situación lamentable.

También se atribuyen los rusos importantes éxitos en Galizia y en los Cárpatos: en Galizia han atacado a los austriacos, obligándolos a replegarse, desalojándolos de sus posiciones y haciéndoles numerosos prisioneros; en los Cárpatos han

sionaron desgracias personales, pues la mayor parte de ellas cayeron en el campo o en las afueras de las poblaciones.

El ejército turco que atacó a los ingleses cerca del canal de Suez ha emprendido la retirada general hacia Damasco.

En el Cáucaso, los turcos han sido rechazados en la región de Transchoroj y desalojados de las posiciones que ocupa-

les, Seddul Bahr, Orkarich Dabia y Kum Kalovski, y durante la tarde el *Vengeance* y el *Irresistible* desembarcaron destacamentos que procedieron a la demolición de aquéllos.

Los turcos que se habían reconcentrado en el punto denominado Kum Kali, fueron empujados por las fuerzas de desembarco y hubieron de retirarse.



París. — Concierto dado en un hospital para distracción de los heridos convalecientes. (De fotografía de Branger.)

Las pérdidas de la escuadra anglo-francesa en los dos días consistieron en cuatro muertos y ocho heridos. Con posterioridad a esas operaciones, la escuadra de los aliados ha reanudado con éxito el bombardeo de algunos otros fuertes interiores y ha procedido a los trabajos de dragado de minas, lo que le ha permitido avanzar más hacia el interior del estrecho.

Según una información de Londres que ha publicado un

diario italiano los resultados que se proponen obtener Inglaterra, Francia y Rusia con el ataque para forzar los Dardanelos son: alejar para siempre de Egipto la amenaza de una tentativa de invasión turca; asegurar las victorias rusas en el Cáucaso y darles valor práctico; recabar para las naciones aliadas la herencia otomana; abrir nuevas vías para el aprovisionamiento de Inglaterra y Francia por lo que se refiere a cereales y otras

materias alimenticias que el Imperio ruso produce en gran cantidad; abrir camino a Rusia para proveerse de material de guerra; decidir a los países balcánicos sometidos a la política de Viena a que guarden una neutralidad definitiva; estimular a que intervengan en la lucha los otros países balcánicos que no se atrevan a decidirse por cuenta propia; y destruir para siempre el prestigio germánico en Oriente.



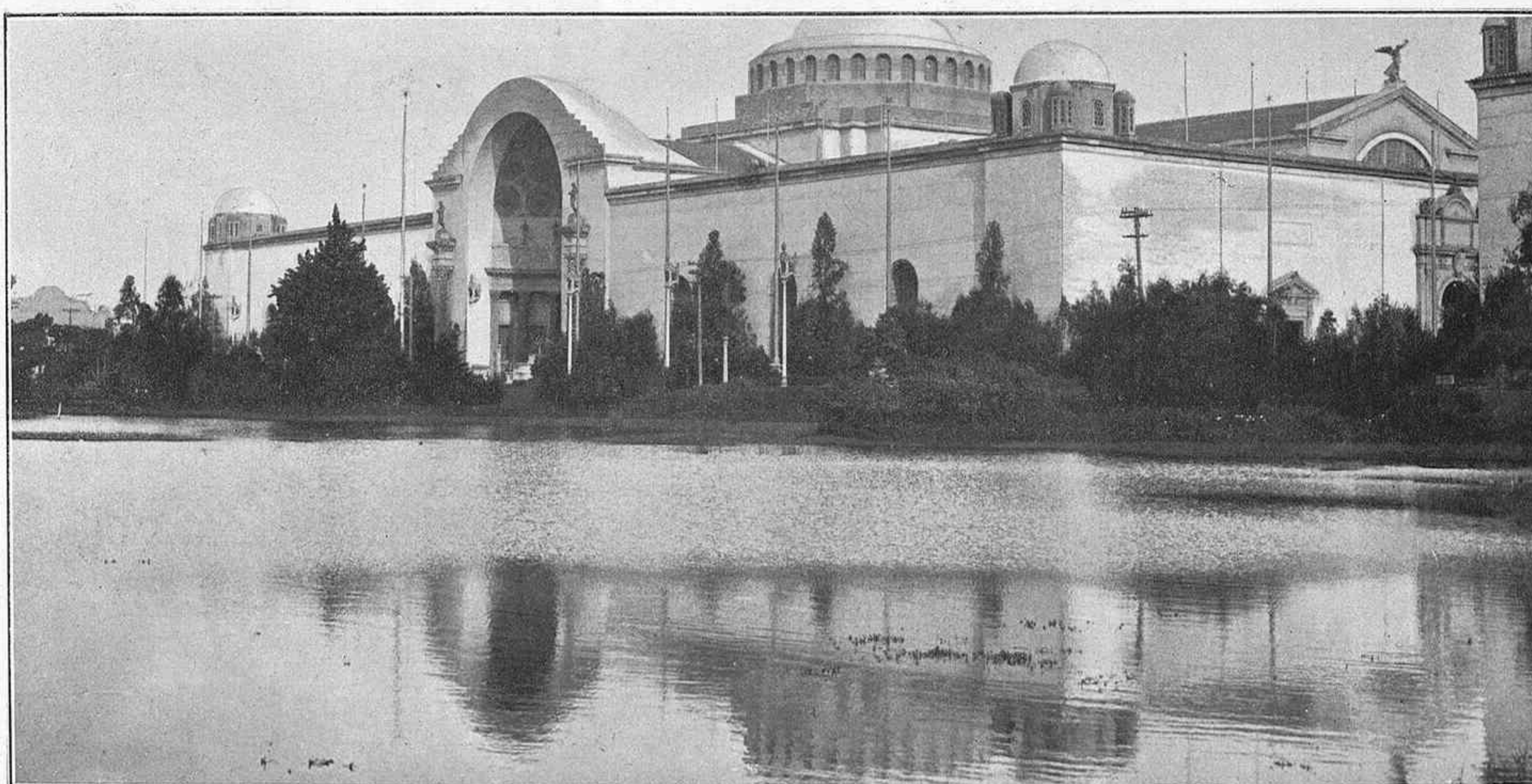
París. — Heridos convalecientes en el salón de lectura del hospital provisional instalado por la Compañía del ferrocarril París-Lyón-Mediterráneo. (Fotografía de Chusseau-Flaviens.)



Fachada principal del palacio del Estado de Wáshington



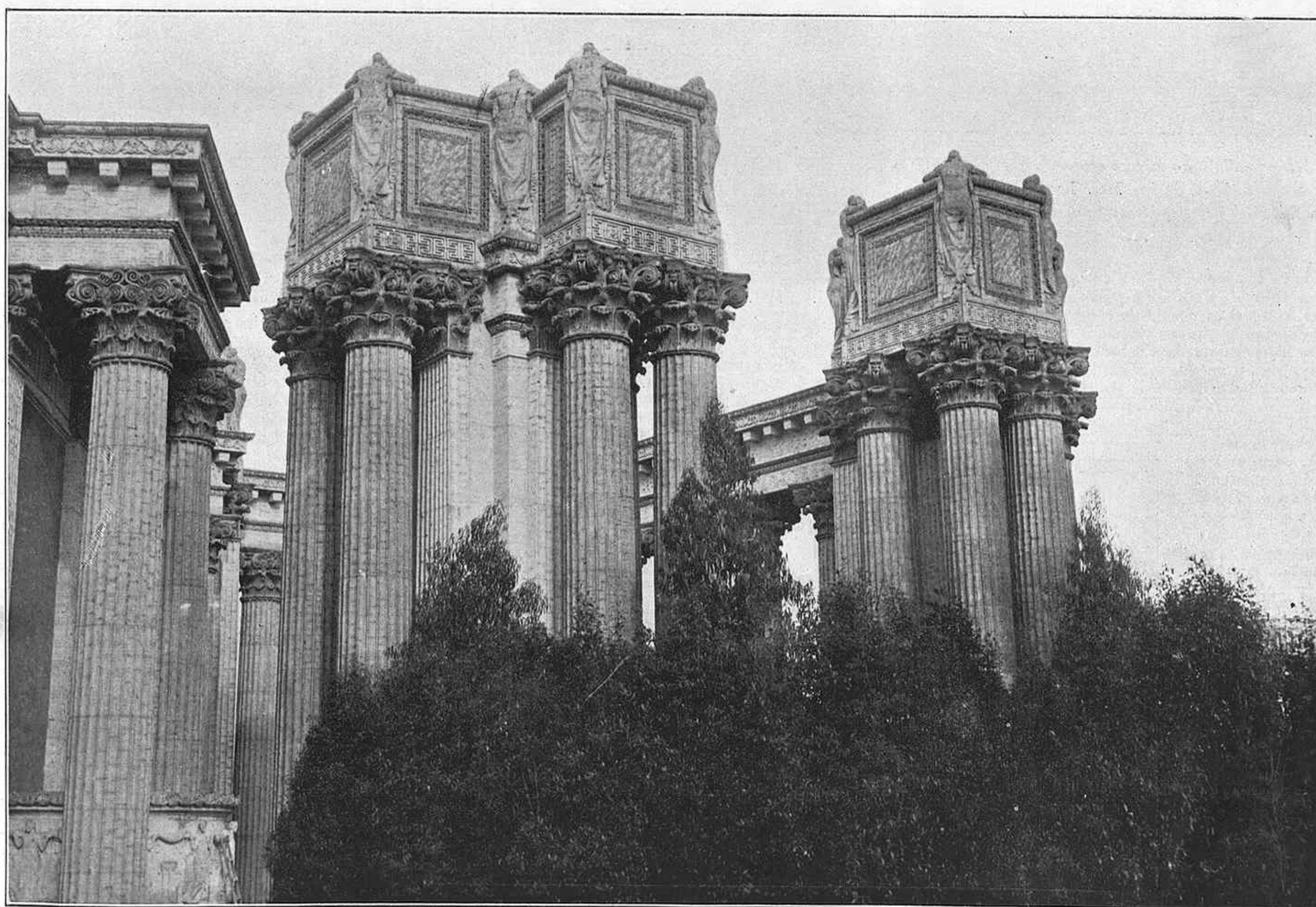
Fachada del palacio de Horticultura, visto desde el Sur



Palacio de Productos alimenticios, visto desde el Palacio de Bellas Artes



Entrada occidental del Palacio del Canadá



Extremo del ala Sur del Palacio de Bellas Artes



Barcelona. - Entrega por una comisión del Centro Comercial Hispano Marroquí del título de Presidente honorario al exsultán de Marruecos Muley Háfid. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

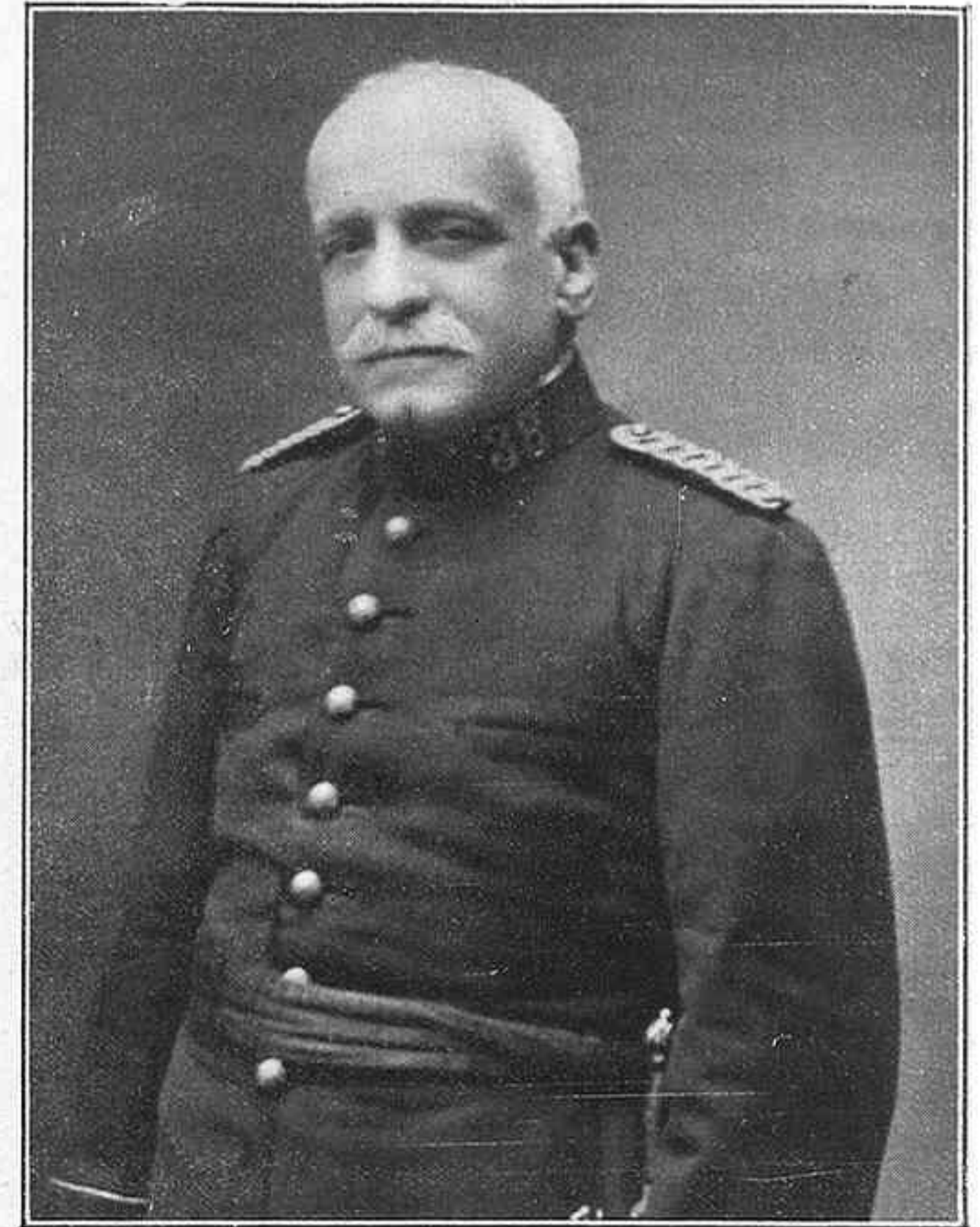
BARCELONA. - HOMENAJE A MULEY HÁFID

Una comisión del Centro Comercial Hispano Marroquí ha hecho entrega recientemente al exsultán Muley Háfid del título de Presidente honorario de los Centros Hispano Marroquíes.

acuerdos de aquella sólo podía decirles que habían cambiado impresiones sobre la cuestión de los armamentos.

Con gran solemnidad se ha efectuado en la Real Academia de la Historia la recepción del general Martín Arrúe. La sesión fué presidida por el director de la Corporación, padre Fita, quien tenía a su lado al nuncio apostólico, el académico

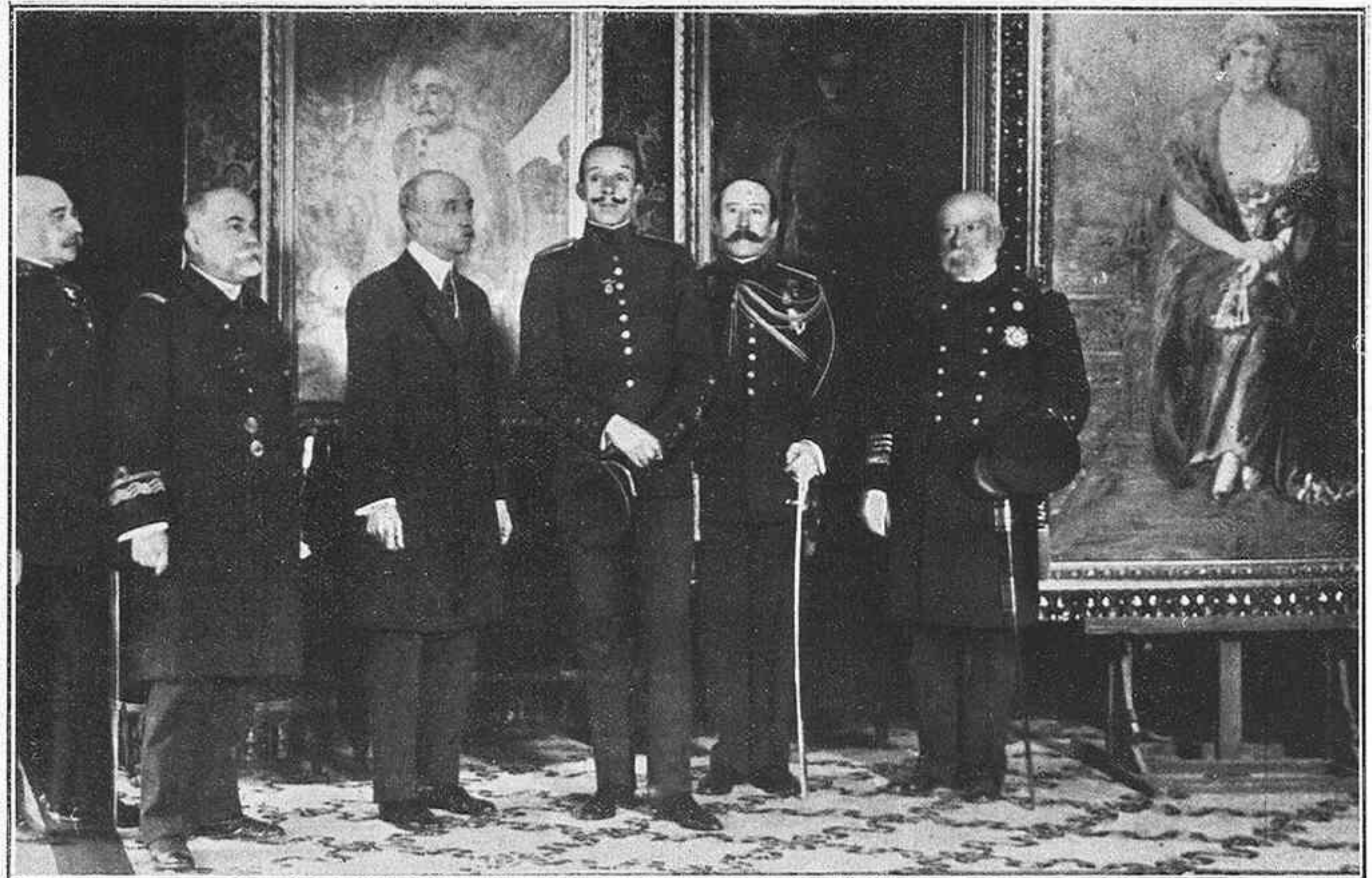
gistrar el tema «La guerra hispano-marroquí de 1859 y 1860», estudiando los antecedentes de la misma, describiendo algunos de sus más brillantes episodios y estableciendo al final un parangón entre aquella campaña y la situación actual de España en Marruecos.



El general Martín Arrúe, cuya recepción en la Real Academia de la Historia se ha efectuado recientemente



Madrid. - Una escena de *La última opereta*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Lepina y González del Toro, música del maestro Jiménez, estrenada con buen éxito en el Teatro Apolo.



Madrid. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII en el Ministerio de la Guerra después de presidir la Junta de Defensa Nacional. Acompañan al monarca el Sr. Dato, los ministros de la Guerra y Marina, y los generales que componen dicha Junta

tulo de Presidente honorario de los Centros Hispano Marroquíes. El presidente de la comisión pronunció un discurso en árabe, ofreciendo aquel homenaje de respeto y consideración al sultán, manifestando que las orientaciones de los Centros Comerciales se han encaminado a llevar a Marruecos los beneficios de la civilización por los medios de la fraternidad y de la paz y explicando las causas de la política que actualmente sigue el Gobierno de España en el imperio marroquí.

Muley Háfid agradeció la atención de que acababa de ser objeto, expresó las grandes simpatías que siente por la noble y generosa España, hizo algunas consideraciones sobre los lazos morales y materiales que unen a los pueblos español y marroquí, y se mostró muy reconocido a las deferencias que con él tiene la ciudad de Barcelona.

MADRID

NOTAS DE ACTUALIDAD

Uno de estos últimos días se ha reunido en Madrid la Junta de Defensa Nacional presidida por Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII. El monarca, a quien acompañaba su ayudante el coronel de Artillería Sr. Francés, fué recibido por el ministro de la Guerra y el subsecretario, por el presidente del Consejo, el ministro de Marina y el Jefe de Estado Mayor Central de la Armada, general Pidal. Terminada la junta el Sr. Dato manifestó a los periodistas que siendo secretos los



Madrid. - Una escena de *¡Dios dirá!*, comedia en dos actos original de los hermanos Alvarez Quintero, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava. (Fotografías de J. Vidal.)

Sr. Herrera, el obispo de San Luis de Potosí y los ministros de Gracia y Justicia, y Fomento.

El general Martín Arrúe leyó un hermoso discurso, en el

Al discurso del Sr. Martín Arrúe contestó con otro no menos interesante el censor de la docta Corporación D. Francisco Fernández de Bethencourt.

Ambos trabajos fueron muy aplaudidos. Con muy buen éxito se ha estrenado en el Teatro Apolo *La última opereta*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Lepina y González del Toro y música del maestro Jiménez. La acción se desenvuelve en un campamento durante una campaña, abunda en escenas movidas y en episodios cómicos, y el diálogo es animado y chispeante. La música es inspiradísima; todos los números, once o doce, de la partitura, son de gran belleza, sobresaliendo entre ellos un coro militar, un dúo de tenor y tiple, un preludeo y una serenata. En la ejecución se distinguieron de un modo especial las Sras. Mayendía y Salas, y los Sres. Moncayo, Vizzani y Ortas.

¡Dios dirá!, comedia en dos actos estrenada en el Teatro Eslava, ha sido un nuevo éxito para los tan aplaudidos hermanos Alvarez Quintero. Es una obra sentida, interesante, deliciosa cuyo argumento se desarrolla en ese ambiente del campo andaluz y entre esos personajes que tan admirablemente conocen, observan y reproducen aquellos populares autores. Eduardo y Engracia se conocieron un día en el tren y simpatizaron; pero se despidieron y no volvieron a verse, aunque sin dejar de pensar siempre el uno en el otro, hasta que transcurridos cuatro años, la casualidad o la Providencia los reunió nuevamente en una romería. Tras breve entrevista vuelven a separarse; pero un accidente ocurrido a la niña de unos gitanos, a quienes Eduardo encuentra en su camino, otra vez los junta, y desde aquel momento ya se echa de ver que la aventura acabará en boda. Este argumento sencillo está admirablemente desarrollado y avalorado por bellísimos episodios, por la presentación de tipos arrancados del natural y por un lenguaje castizo, abundante en delicados pensamientos y en chistes y agudezas de la mejor ley. Las señoritas Palou, Jiménez, Romea y Satorres, y los Sres. García Ortega, Alarcón y La Riva interpretan a la perfección *¡Dios dirá!*.

que, después de enaltecer la figura de D. Manuel Colmeiro a quien sucede en la Academia, desarrolló de una manera ma-

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Contemplaba aquel espectáculo como si hubiera sido para sí mismo una función vital

Un cascarón que llevaba en la popa el pabellón del general Bum flotaba en medio del cubo: el esquife de Mariana iba a abordarlo; levantó los ojos y vió en frente de ella a Vera que sonreía maliciosamente. Con un gesto de travesura metió en el agua su diminuta mano cargada de sortijas. Su esquife, violentamente empujado, fué a chocar en el borde opuesto con una cáscara solitaria que no había tomado gran parte en aquella diversión.

- ¡El Sr. Dournof!, gritó la voz burlona de Vera.
- ¡Eso no es legal!, protestaron dos o tres caballeros. No vale hacer trampas.

- ¡No quiero al general Bum!, replicó Mariana en tono de niña mimada, desviando de Dournof su rostro vivamente encarnado.

Su contestación había desarmado a los descontentos.

Retiraron el cubo para cambiar de diversión.

Dournof asistía a este juego con una sonrisa de filósofo indulgente. Aunque era joven, casi no había tenido juventud. El asiduo trabajo de sus mejores años le había absorbido demasiado para disfrutar de la vida de sociedad. Antes le gustaba frecuentar algunos salones, porque en ellos encontraba a Anto-

nina. Era aficionado al baile, a la gimnástica y a la natación. Pero desde que Antonina había ido a dormir en el cementerio de Pargolovo, él había rehuido el trato de los jóvenes y buscado el de los hombres maduros e instruidos, con quienes podía aprender algo.

La sociedad que frecuentaba en su primera juventud no se parecía mucho a la que ahora tenía a la vista; ignoraba esa pompa exorbitante y ese lujo perfecto que hacen hoy de la morada de los ricos una especie de museo; el vestido de las mujeres ostentaba también otras seducciones; a pesar del gusto exqui-

sito de Antonina, siempre había reinado en sus trajes algo de mezquino que provenía de su madre. Aquí, los vestidos más costosos no eran aquellos en que el terciopelo y la seda se hallaban prodigados: en la disposición de los pliegues, en el arte de asociar los matices, se revelaba el talento de una gran modista que conocía su superioridad y sabía hacerla pagar.

Tampoco había visto nunca tratar con tanto desprecio el raso y los encajes; en la manera de arrastrar por la alfombra el chantilly de una cola, se distingue la burguesa enriquecida, de la gran dama nacida en pañales de Valenciennes. Los volantes de la burguesa pueden ser más ricos, pero ella los cuida y teme un desgarrar; la gran dama no se ocupa en ellos, aunque sin hacer alarde del desorden de aquellos a quienes el dinero no cuesta nada. Hay en eso un mundo infinito de matices más fáciles de sentir que de explicar.

Dournof los sentía y se dejaba penetrar por ellos poco a poco: el encanto del lujo y del alto rango invadía suavemente su alma noble y hecha para las alturas.

La vivacidad con que Mariana había evitado la barquilla del general Bum le había hecho sonreír como a todo el mundo, y no había cesado de sonreír al ver abordar su cáscara de nuez. ¿Qué eran para él aquellas puerilidades? Los veintisiete años del joven presidente veían desde muy alto todas aquellas miserias.

Sin embargo, como la suerte había unido varias veces su destino al de Mariana, el juego acabó por divertirse. Los sortilegios tienen malicias de ese género, sobre todo cuando una mano caritativa los ayuda un poco.

La mano caritativa era la de Vera. Fuesen ganas de divertirse, fuese instinto innato de esa vocación de casamentera tan frecuente en las mujeres, lo cierto es que Vera afectaba no separar la suerte de Dournof de la de su amiga, y no desperdiciaba ninguna ocasión de probarse.

Las mejillas de la señorita Merof habían conservado sus colores más vivos; desplegaba en el examen de las suertes una jovial vivacidad con que se ocultaba tal vez un poco de fiebre.

Finalmente, como remate de la velada, cogió una especie de baraja en que había una infinidad de nombres escritos, y se puso a dar la vuelta a la reunión distribuyéndolos. A medida que pasaba, las risas estallaban detrás de ella, porque había mezclado adrede los nombres de ambos sexos que resultaban distribuidos de la manera más graciosa.

Al llegar a Dournof, miró vivamente la baraja: había puesto debajo la carta que llevaba su nombre: al cogerla, hizo caer otra, que Dournof hizo ademán de recoger.

— No, no, se apresuró a decir ella, aquí tiene usted una.

Dournof tomó la que le presentaba y leyó en alta voz: Mariana.

— La que se cayó es la que correspondía al señor Dournof, hizo observar uno de los descontentos.

El vecino se inclinó, recogió la carta y leyó: Antonina.

Dournof palideció y dejó caer sus brazos quebrantados por la emoción. Mariana lo comprendió en seguida.

— Dispense usted, dijo ella en voz baja, yo no sabía el nombre que llevaba.

Antes de que el joven hubiese recobrado su sangre fría, Mariana continuó su vuelta, provocando en todas partes exclamaciones de regocijo o de ironía.

Rompíose el círculo; propusieron una mazurca antes de la cena, y en seguida las graciosas parejas evolucionaron en el salón.

Dournof no bailaba; se había refugiado en un rincón oscuro, y allí, con los ojos velados por su mano, pensaba en el cementerio, en las flores que el viento del invierno debía haber helado desde hacía mucho tiempo, y confesó para sí que desde su nueva fortuna, había descuidado singularmente la tumba de Pargolovo.

Pasó por delante de él una sombra que se detuvo... El joven alzó los ojos.

— Tengo mala mano, caballero, dijo Mariana, en pie delante de él. Va usted a odiarme.

No, Dournof no la odiaba; a cada momento, admiraba la gracia ingenua, la alegría loca, el candor virginal de aquella hermosa criatura que se parecía más a una mariposa que a una flor, pero encantadora y llena de seducciones.

— Sin embargo, añadió la joven sentándose a su lado, mientras que su madre la creía ocupada en vigilar los preparativos de la cena, le aseguro a usted que su pena me impresiona... He sido curiosa, si se-

ñor, he sido muy culpable...; he querido conocer su desgracia...; he sabido hasta qué punto *ella* era digna de la ternura de usted; me han hablado de su hermosura, de su gracia; he comprendido cuán profundo, cuán incurable debe ser el dolor que usted experimenta... Y, sin embargo, usted es joven, la vida, para usted, está llena de goces... Usted tiene amigos que le quieren... ¿Es razonable vivir fuera de todas las alegrías?... ¿Se trata acaso de una promesa?... ¿Obedece usted, por ventura, a una moribunda?...

La voz de Mariana estaba tan llena de ternura inquieta, sus ojos expresaban tanta compasión enterrecida y discreta que Dournof contestó:

— No; ella no me prohibió nada.

— ¿Le permitió a usted amar, crearse una familia?

— Me lo ordenó.

Siguió una pausa, después de la cual la melodiosa voz de Mariana, ligera como un soplo, murmuró:

— La mujer de usted será feliz, porque usted sabe amar.

Y desapareció, dejando al joven penetrado de una emoción nueva como no la había experimentado desde años hacía.

XXI

El amor es comunicativo, digan de él lo que quieran las personas tristes. Hay en las palabras y en los actos del que ama de corazón una especie de magia a la cual no se puede resistir, a no ser que otro lazo nos proteja.

Dournof ya no estaba protegido; el alma de Antonina sin duda había cesado de velar por él, pues le dejaba indefenso, y poco a poco Mariana conquistaba su puesto.

No era un amor grave y mesurado como el que había sentido por la muerta; era una embriaguez que se apoderaba poco a poco de todo su ser. La voz, el vestido de Mariana, sus cabellos rubios que flotaban en bucles caprichosos, el roce de sus manos satinadas, la gracia de su mirada magnética, sumisa y fiel como la de un perro de caza, todo esto seducía a Dournof al extremo de hacerle perder la cabeza.

Cuando volvía del ministerio, se quedaba pensativo en su butaca, cerca de la mesa en que reinaba un retrato de Antonina de gran tamaño; pero sus miradas, que antes se fijaban en aquella imagen para pedirle fuerza y virtud, ahora la evitaban. Pensaba poco en la fuerza moral y en la virtud cívica; Mariana le vertía insensiblemente el veneno que adornecía a Anibal en Capua.

La Niania, cada vez más grave y triste, notaba perfectamente ese cambio; por las noches, encontraba a su amo, que se hallaba en su cuarto donde iba a dar el último vistazo, como antes en casa de Antonina; los cuidados de la vieja no habían perdido nada de su asiduidad, pero de su actitud se desprendía una especie de tristeza resignada.

Una noche en que Dournof había vuelto más temprano que de costumbre, se atrevió a hablarle.

— El ministro tiene una hija, ¿verdad?, preguntó presentándole su bata.

— Sí, contestó él, evitando el mirar a la vieja.

— Dicen que es muy bonita.

— Es verdad.

La Niania meneó la cabeza.

— Dispensa si te falto al respeto, amo mío, pero dicen que te quiere mucho.

El corazón de Dournof se estremeció de pronto con una alegría nueva. Se decía que ella le amaba... ¿Entonces era verdad? ¡Cuán dulce era el ser amado de aquella criatura encantadora!

— No sé, dijo al fin Dournof algo confuso.

— Si te ama y es una buena chica, puedes casarte con ella...

La Niania llevó a sus ojos la punta de su delantal, y devoró un sollozo. Dournof, indeciso, la miraba en silencio.

— Puedes casarte con ella, repuso la vieja criada. Fuerza es que te cases; un hombre no puede vivir siempre solo... Es la hija de un ministro, es buena para servirte de esposa, añadió levantando la cabeza con orgullo. Nuestra Antonina te dijo que te casaras.

Dournof miró el retrato de Antonina... Sin la piadosa mano de la Niania, el polvo acumulado lo hubiera cubierto, desde mucho tiempo atrás, de una capa gris; la previsora bondad de la muerta, su abnegación y sus virtudes se presentaron de pronto a su memoria.

— ¡Perdón exclamó acercando a sí la imagen abandonada. Tú eras un ángel.

Prorrumpió en llanto y cubrió de apasionados besos las manos del retrato que lo miraba con aque-

lla calma y aquella dignidad que en vida colocaban a Antonina tan por cima de las demás mujeres.

La Niania lloraba también, pero sin aquel arranque de arrepentimiento que tan dolorosamente traspasaba el alma de Dournof.

— Sí, dijo poniendo la mano sobre el hombro del joven, era un ángel, pero está en el cielo, pues con seguridad Dios le perdonó el haber querido morir. Tú eres un hombre, y hace ya demasiado tiempo que vives solo.

Dournof levantó la cabeza y miró a la Niania.

— ¿Luego tú crees que ella me perdonaría?..

Los ojos profundos de aquella anciana que tanto había visto, sufrido y aprendido en la vida, penetraron hasta el fondo de los turbados ojos del joven trastornado.

— ¿El amar a otra como a ella? No podrías; dijo la Niania.

Dournof comprendió que ella tenía razón, y que nunca podría amar a nadie como había amado a Antonina.

— ¿Pero el amar a una mujer de bien y tener buenos hijos?.. Eso me dijo que te lo ordenara de su parte cuando llegase la hora. Lloramos mucho juntas, continuó la Niania bajando la voz; te quiero porque ella te quería, y te quiero como si te hubiese llevado en mi seno. Pero no te quería así antes. Fué ella, cuando vió que se acercaba la muerte, fué ella la que pensó en todo. Me ordenó que te quisiera como a un hijo, que te sirviese si podía, que te protegiese en todo contra el espíritu del mal. Me dijo también que te casarías y que entonces yo debía mostrarme sumisa con tu mujer y servicial con tus hijos. Obedeceré, amo mío, obedeceré, dijo la Niania cuya voz se quebrantó de pronto. Seré una criada sumisa; pero no permitas que tu mujer me despida...; porque te quiero, mi amo, te he querido por amor de ella, y tú eres todo lo que me queda de ella.

La vieja criada calló y sepultó su arrugada cabeza sobre el delantal recogido.

Dournof le cogió la mano y se la estrechó. El corazón le decía a ella que nunca sería despedida.

— Entonces, repuso él en voz baja, ¿te dijo que yo debía casarme?

— Era la penúltima noche antes de su muerte; me llamó a su lado y me entregó un papelito para ti.

— ¿Un papel?

— Sí, cuando debas casarte.

— Ve a buscarlo, ¡en seguida!

La vieja obedeció y volvió con un papel amarillento, doblado en cuatro dobleces y cerrado. Dournof lo desdobló con mano temblorosa de emoción.

«Amado mío, decía la última voluntad de Antonina, cuando hayas encontrado a la mujer que debas amar, no dejes que mi recuerdo ponga una barrera entre vosotros. Me hará dichosa el saber que eres feliz, y mi bendición descansa sobre la cabeza de tu mujer como sobre la tuya.»

— ¡Valía más que yo!, exclamó el joven vencido por tanta grandeza, besando los sagrados caracteres, trazados por una mano debilitada por la muerte próxima. Valía mil veces más que yo. Querida santa, hiciste bien en morir. No había en la tierra ningún hombre digno de ti.

La Niania se retiró discretamente, y Dournof, una vez solo, aquella noche pensó más en Antonina que en Mariana.

XXII

Mariana no tardó en predominar. ¿Qué eran las virtudes de Antonina dormida bajo su losa de granito, en presencia de las gracias sin cesar renacientes de aquel ser viviente y lleno de encanto?

Y ella estaba enamorada de veras. Su corazón ligero y frívolo tenía sus lados buenos; Dournof había entrado en él por la compasión y en él se había mantenido por el orgullo y el despecho; ya no quería ni podía amar sino a Dournof. Lo decía sinceramente, con toda su alma, y era verdad.

Animada por tan bello ardor, fué un día a encontrar al ministro en su despacho.

— Papá, le dijo, apartando sin ceremonia una porción de papeles que le estorbaban, ¿cuál es el primero de nuestros jóvenes presidentes?

— ¿Cómo, el primero? preguntó el padre sorprendido.

— Sí, el más inteligente, el de más porvenir; en fin, papá, cuando estés cansado de ser ministro, ¿quién te substituirá?

Algo asombrado de tanta previsión, el padre recapacitó.

— Si las apariencias no mienten, dijo, y si las circunstancias no cambian por completo, se me figura que mi sucesor será Dournof.

— Pues bien, papá, repuso Mariana triunfante, yo quiero casarme con Dournof.

El ministro hizo dar media vuelta a su sillón y miró a su hija con un aire consternado.

— ¡Tú!, ¿casarte con Dournof? ¿Y por qué? ¿Qué nuevo capricho es éste?

— Me casaré con Dournof, papá, o me moriré de pesadumbre; por consiguiente, haz lo que quieras.

Muy trastornado, Merof salió de su despacho y condujo a su hija en presencia de su esposa, a quien tan brusca declaración sorprendió menos que a él.

— Eso no me asombra, dijo la buena señora; siempre he creído que Mariana no se casaría como las otras muchachas.

— Pero en fin, exclamó Merof, Dournof no es más que un simple presidente.

— Pero, papá, ¿no me has dicho que después será ministro? Así no tendré necesidad de salir del ministerio.

— No quiero, dijo Merof exasperado.

— Como quieras, papá, replicó la indomable Mariana bajando la cabeza con aire de fingida resignación. Los padres de la señorita Karzof fueron así causa de la muerte de su hija; mi destino será el mismo.

— ¿Quién era esa señorita Karzof?, preguntó turbado el padre.

Con gran elocuencia, acentuada por alusiones más que transparentes, Mariana refirió la historia de Antonina.

— Pues bien, dijo la muchacha, estará en el destino de Dournof el no poder casarse con las mujeres que ama... Todas sus novias deben morir por culpa de sus padres crueles.

— Pero, ¿sabes siquiera si te ama?, preguntó el padre, incapaz de contestar con argumentos serios a tan extravagantes argumentos.

— ¡Que si me ama!

Un rayo de alegría orgullosa brilló en los bellos ojos claros de la joven coqueta.

— ¡Que si me ama!, contestó; preguntásele, papá, y verás lo que te dice.

— ¿Entonces soy yo el que debo proponerle tu mano?, dijo irónicamente el ministro.

Mariana hizo una reverencia.

— Hazme ese favor, papá. Bien sabes que, de lo contrario, no se atreverá nunca a dar los primeros pasos. No desmerecemos; así se negocian los matrimonios de las princesas cuando se casan con simples mortales.

Los padres de Mariana cambiaron una mirada por encima de la cabeza de aquella indisciplinada, y no pudieron reprimir una sonrisa.

— Anda, papá, sé amable, cásame con Dournof y te querré mucho. No le he pedido nada a mamá porque no me contraría nunca. Ella no me hubiera amenazado con dejarme morir de pena.

— ¿Yo te he amenazado con dejarte morir?... preguntó Merof, asombrado de tanto aplomo.

— Ciertamente, puesto que no querías casarme con Dournof.

No había más remedio: el ministro obtuvo a duras penas que su hija le concediese un plazo de ocho días para tomar informes.

Los informes no dijeron nada nuevo a Merof, que sabía perfectamente a qué atenerse sobre el valor intelectual y moral del hombre cuya situación había creado él mismo.

Al cabo de los ocho días, Dournof, llamado al despacho del ministro para un asunto personal, salió de él con la dicha de ser el prometido esposo de Mariana.

Este resultado, que él estaba muy lejos de creer tan fácil y tan brillante, no dejó de asombrarle un poco; pensó vagamente que la muchacha había debido desplegar mucha inteligencia y mucha voluntad para conseguir tan pronto su objeto.

Lo que más extraordinario le parecía, era que hubiese adivinado su amor y practicado tantas diligencias sin haberse asegurado de su consentimiento. ¿Y si él no hubiese querido casarse con ella?

Dournof se reprochó este mal pensamiento. No debía ver en los esfuerzos de la joven más que el candor de un alma ingenua que se ignora y va en derechura a su fin, con toda naturalidad. El hecho de que su amor había sido adivinado, era otra prueba de amor, ni más ni menos.

Regresó a su casa ebrio de gozo, deslumbrado. El matrimonio, al mismo tiempo que le daba la mujer amada, lo ponía en primera fila; podía, efectivamente, esperar ser ministro; a la primera vacante, pasaba a ser auxiliar de su suegro. ¡Qué porvenir!

— Me caso, Niania, dijo a la vieja servidora, cuando ésta, fiel a su costumbre, le siguió hasta su cuarto, a su regreso.

La humilde criada le miró, hizo la señal de la cruz

y pareció murmurar una oración; luego se prosternó ante su amo y, levantándose después, le besó en el hombro según la antigua costumbre.

— Te felicito, mi amo, dijo la anciana; deseo que seas feliz con tu esposa y que tu posteridad sea bendita.

Calló y su mirada se dirigió vagamente hacia la ventana. Un hermoso sol primaveral brillaba fuera, sobre los tejados chorreantes.

— La nieve se habrá derretido pronto, allá, dijo en voz baja la Niania, vacilante; hace tiempo que no ha recibido flores.

— Tienes razón, exclamó Dournof cogiendo su sombrero; voy en seguida.

Se detuvo... ¿Qué iba a decir a aquella tumba, que antes había sido confidente de todos sus pensamientos?

¿Podía confiar a aquel casto granito las emociones que hacían palidecer sus mejillas y palpar su corazón cuando Mariana ponía la mano sobre la suya?

— Voy a darle las gracias, dijo en voz alta, voy a darle las gracias por la bendición que desde arriba me envía.

Hizo llenar su coche de flores, como el día en que, meses antes, había encontrado a Mariana. No pudo menos de comparar aquellos dos días tan diferentes.

«Es Antonina la que la ha puesto en mi camino, dijo para sí; es su voluntad la que todo lo ha arreglado. ¡Amada Antonina, bendita seas!»

Antonina era ya para él tan fría y tan remota como las estatuas de mármol de los mausoleos. Era una santa que velaba por él, y a la cual rogaría de hinojos; no era ya la amiga de todas las horas, la muerta adorada, cuyas mejillas heladas y cuya frente amarillenta había sido el último en besar en la tierra.

Mientras arreglaban las flores, recordó que Mariana debía tener también su ramo aquel día; le llevaron dos ramos parecidos; él los comparó un instante, dudó y acabó por poner su tarjeta en el más hermoso, que hizo llevar a casa de su prometida.

Esta operación le costó algunos remordimientos; pues durante la larga carrera en coche, se la reprochó varias veces.

«¡Bah!, dijo al fin para sus adentros, ya cerca del cementerio; ¿qué puede importarle eso a Antonina?»

Llevó su ofrenda hasta la cruz de hierro, andando con dificultad dentro de la nieve aun no del todo derretida; llegó a la cúspide del montículo, y ató el nuevo ramo con una cinta blanca, después de lo cual apoyó la mano sobre el zócalo de piedra para descansar en él.

La piedra era tan fría que él se estremeció y retiró la mano.

Permaneció un rato pensativo.

Quería ofrecer su alma a su protectora celeste, quería dar expansión a su alegría y pedirle que la compartiese... Sintió que no podía hablar de Mariana a Antonina; tuvo un presentimiento, rápido como un relámpago, y pronto desvanecido: el presentimiento de que Mariana no era la mujer que Antonina hubiera querido ver a su lado para subir la cuesta de la vida.

Exhalando un suspiro, besó la piedra.

La impresión de frío le hirió los labios aún más vivamente que la mano, tanto que pasó por ellos su pañuelo a fin de calentarlos, y después bajó de la colina.

Una vivacidad y una alegría extraordinarias precipitaban sus movimientos; sentíase ligero, como un hombre desembarazado de una penosa misión.

Volvió al coche, hizo estimular los caballos, y, durante todo el camino, los cabellos de oro de Mariana bailaron ante sus ojos como fuegos fatuos.

XXIII

Aquel día estaba convidado a comer, no a la mesa oficial de las grandes comidas, sino a la mesa de familia, en el comedor pequeño, donde el ministro, su señora y su hija se reunían en la intimidad.

Al verle entrar, Mariana le salió al encuentro, con su ramo blanco en la mano, y le tendió su mano pequeña y sedosa, sobre la cual aplicó él largamente sus labios.

Aquella mano era tibia y suave, y la glacial impresión que la piedra sepulcral de Antonina había dejado se transformó en un calor vivificante y simpático, al contacto de aquellos dedos vivientes.

Mariana leyó en los ojos de Dournof lo mucho que era amada, y no quiso ocultar la expansión de su dicha.

La velada fué un encanto para todos.

Los padres se felicitaban de ver en el joven las cualidades de un hombre de Estado, al mismo tiempo que las que habían encantado a su hija.

Dournof, tanto más enamorado de Mariana cuanto que hasta entonces había combatido los sentimientos que ella le inspiraba, se abandonaba a la dicha de vivir, y, por primera vez, gozaba plenamente de la existencia.

En cuanto a Mariana, estaba alegre y encantadora. Todo le había salido bien. ¿Qué más podía desear?

Fijóse el matrimonio para la época más próxima buenamente posible, para dentro de tres semanas. Hicieron todos los preparativos; Dournof guardaría el piso que había alquilado y amueblado recientemente; la señora Merof se encargó de instalar en él un hermoso cuarto de novia, y los nuevos esposos, salvo excepción, comerían en el ministerio, hasta que Mariana hubiese adquirido las cualidades de ama de gobierno que le faltaban en absoluto.

— Si necesita usted una directora del hogar, dijo a Dournof su futura suegra, ha elegido mal; estará usted mal servido con Mariana.

Dournof dirigió a su novia una mirada triunfante.

— No necesito ama de gobierno, dijo; tengo una incomparable.

— ¿De veras? ¿Quién?, preguntaron a un tiempo la señora Merof y su hija.

— La vieja Niania...

— ¿Su criada?

Dournof se sintió de pronto muy embarazado.

Sucedía a muchos hombres que no se casan con su primer amor, y, cuando llega el momento de su matrimonio, no les cuesta embarazo alguno el confesarlo; pero cuando, con varios años de una fidelidad sin ejemplo, han venido a ser el punto de mira de la atención de sus conocidos, el momento de la transición es muy delicado y a menudo difícil.

Con cierta vacilación, pues, Dournof se decidió a dar algunas aclaraciones:

— Es la criada de una familia que conocí íntimamente... hace algún tiempo... Me fué sumamente adicta durante mis días de miseria... Porque yo he conocido la miseria, añadió sonriendo a Mariana.

Ésta le miró asombrada.

La palabra miseria no tenía para ella más sentido que el de una página penosa o fastidiosa en una novela; era el miserable lecho tradicional en que yacía una pobre mujer, o el poyo en que tiembla de frío el niño saboyano. La miseria más real que ella había conocido se encontraba al principio de una novela que había leído y que se titulaba *El encendedor de faroles*. Así es que las palabras de Dournof le parecieron completamente faltas de sentido.

Un hombre que llevaba chaleco blanco e iba a ser su marido no podía haber conocido aquella miseria.

Se sonrió, porque Dournof sonreía, y no contestó.

— ¿Cómo le cobró a usted apego?, preguntó la señora Merof, deseosa de conocer mejor a la persona que, según todas las apariencias, iba a ser el ama de gobierno de su hija.

Dournof vaciló todavía.

Su alma recta detestaba el subterfugio; decidióse por fin a hablar francamente. Cogiendo entre sus manos las de Mariana, contestó:

— Mi Niania era la Niania de la señorita Antonina Karzof, de quien sin duda ha oído usted hablar.

La mano de Mariana se estremeció; él la retuvo.

— Cuidó a su señorita con una abnegación absoluta, y cuando... la enterramos, abandonando a sus antiguos amos, que no estaban quizás al abrigo de todo reproche respecto a ella, vino a mi casa, y me sirvió con fidelidad durante los años difíciles de mi vida, aquellos en que yo no era nadie ni nada, en que usted ni siquiera se hubiese dignado mirarme en la calle, tan mal trajeado iba.

Miró a Mariana. Ésta le contestó con un encogimiento de hombros que debemos traducir así: «Le hubiera mirado a pesar de todo y en todas partes, puesto que había de ser mi marido.»

— Pero, insistió la señora Merof, esa mujer ¿verá con buenos ojos a una joven ama?... Concibo el aprecio en que usted la tiene, aprecio que le honra a usted muchísimo; pero después de haber querido tanto a la señorita Karzof.

— Es ella la que me aconsejó que me casara, contestó Dournof. Me veía triste y pensativo...

Cambió una mirada con Mariana.

— ...Adivinó el objeto de mis meditaciones y desligó completamente mi espíritu, poniendo en mis manos un billete escrito por su joven ama poco antes de su muerte, en el cual se me aconsejaba encarecidamente que me casara, cuando encontrase a la mujer que yo debía amar...

(Se continuará.)

RINCONES DE ESPAÑA. - JACA, SUS JOYAS Y COSTUMBRES

II

Ciñe la ciudad, como cintura férrea, una muralla almenada, con veintitrés torreones y siete puertas o portales, en ruinas la mayor parte, que le dan aspecto feudal por la regularidad de su conjunto y la poca área que ocupa. Su situación a proximidad de la frontera, la importancia que tuvo en todas las épocas y las continuadas luchas que sostuvo, fueron sin duda las razones que motivaron el celo que tuvieron casi todos los monarcas en protegerla y fortificarla, no librándose en su recinto, como era costumbre en otras ciudades, ni los infanzones ni los judíos de contribuir a dichas obras. Según un documento del rey D. Martín, del año 1397, no pudiendo la ciudad atajar los *encendios, mortandades, exteriliades* y otras plagas que la afligían de continuo, juntáronse a su municipio gran número de pueblos de los alrededores para prestarle ayuda. El largo espacio de tiempo empleado en la construcción de las murallas, las continuas reparaciones de sus muros, la índole de la piedra menuda empleada, son causa tal vez del carácter ambiguo de su antigüedad; la variedad de altura y forma de sus torres, redondas unas, semicirculares otras,

llas, con el transcurso del tiempo, han ido cayéndose, derrumbándose; los portales de las Monjas, de Santa Orosia y del Toro, como si presintieran los deseos de la ciudad de salir de su atonía, de su abu-

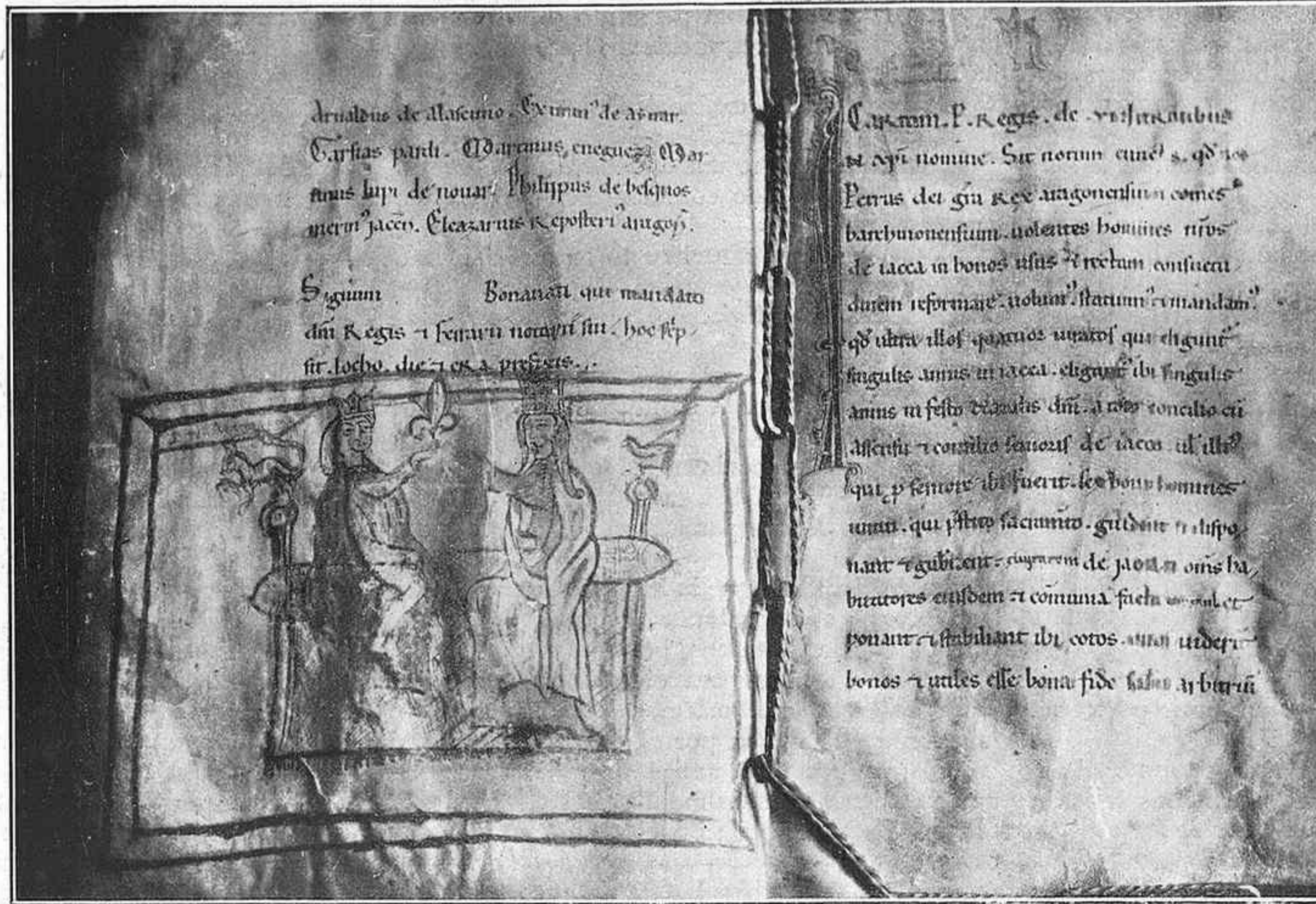
mar, cuenta unos 5.000 habitantes de derecho y muchos más de hecho, gracias a la importante guarnición militar colocada en ella por su situación estratégica cerca de los puertos y pasos más franqueables del Pirineo central.

Por este motivo se ha proyectado un campo fortificado que abarca una gran extensión de terreno, y se han construido, gastando muchos millones, magníficos fuertes, obras todos ellos bellísimas, artísticas, que honran nuestra ingeniería, y que después de terminadas lujosamente aguardan de una hora para otra la artillería que deben albergar. El llamado del *Rapitán* domina la ciudad; los demás están situados en los valles de Tena y de Canfranc.

La guarnición de Jaca está compuesta por un regimiento de infantería, una comandancia con su fuerza correspondiente de artillería, ingenieros, administración y sanidad militar, que forman un contingente que no puede pasar desapercibido en la pequeña

ciudad, que animan los uniformes y alegra el sonido de cornetas y charangas que turba el augusto silencio de aquellos campos tan pintorescos como frondosos.

El Uruel u Oruel, monte o roca que avanza en la llanura, en cuya cima de 1.766 metros de altura se



El famoso Libro de la Cadena o de los Fueros, que se conserva en la Casa Comunal de Jaca

rimiento y somnolencia, desperezándose y buscando fuera de los muros su crecimiento y desarrollo, han ido también desmoronándose, quedando en pie sólo la principal puerta de San Francisco y las de Lanuza y Estudios. De los torreones quedan, dignos de mención, el de forma octagonal de la puerta de San



Fiesta que se celebra en Jaca el mes de mayo de cada año para conmemorar la victoria alcanzada por el conde Aznar sobre los moros en 5 de mayo del año 761. - El Síndico vistiendo la histórica gramalla y empujando la bandera de la ciudad. - Hombres que sostienen largos palos con sendas cabezas que representan los jaiques moros muertos en la citada batalla.

cuadradas, triangulares y poligonales algunas, y la escasa altura de los portales, tienen carácter de lejanas épocas, mientras que sus almenas recuerdan tiempos más modernos. Gran parte de estas mura-

Francisco, llamado de la moneda por acuñarse en él los célebres sueldos jaqueses, única moneda en circulación durante el siglo X en el reino aragonés. Jaca está situada a 819 metros sobre el nivel del

alzó el primer estandarte del reino pirenaico, tiene una forma típica cónica, y parece un baluarte que rompa las nubes y defienda aquella planicie. Su nombre, corruptela de *aurum* (oro), indica que en sus

entrañas ocultó tal vez el precioso metal. En su vertiente meridional se cobija una ermita bizantina dedicada a la virgen de la *Larza* y se encuentran los restos de un pueblo que se llamó *Sarasa*. Casi en su cima, colgado como un nido de águilas, en lugar selvático y rocoso, está el santuario de la Virgen de la Cueva, que perteneció a un monasterio cisterciense del Bearn. En la cumbre, que forma una ancha llanura, al borde del horrendo precipicio que mira al río Aragón, está la cruz de hierro sobre una base de piedra de ocho metros de altura, que el año 1903 fué colocada solemnemente y bendecida por los obispos de Huesca, Jaca y Pamplona.

Por la puerta de San Francisco se entra en la calle mayor, que atraviesa diametralmente la ciudad; en ella están las mejores casas y los principales comercios. A media calle se levanta la Casa Comunal, edificada el año 1554, época del emperador Carlos V, según reza la inscripción grabada en una de sus columnas. Su construcción es buena, su aspecto severo, y la piedra, como en todas las construcciones del antiguo reino, está pintada de negro. La puerta y ventanas, de estilo plateresco, son de buen gusto, y muy interesantes las rejas. Ocupa, aunque esto parezca imposible, el piso principal de estas Casas Consistoriales el mejor casino de la población, y en los bajos y segundo piso se guardan los preciosos recuerdos históricos, se administra justicia y se administran los intereses comunales.

En este segundo piso, sobre el café y salas del casino, entre la secretaría, archivo y demás dependencias municipales, se guardan las joyas antiguas e históricas de la ciudad pirenaica, todas interesantes, todas dignas de la mayor veneración. Son ellas: la *gramalla* de damasco que vistió el prior de los jurados, que lleva por divisa en el escudo de armas las palabras que pronunció Ramiro I al agradecer la iniciativa de los jaqueses al proclamarle rey de Aragón: «*Vos primi elegiste in me in regnum Aragonum*»; la bandera, con la cruz de Sobrarbe y las cuatro cabezas de reyes moros del primitivo condado aragonés, cuya capital fué Jaca; el casco y la rodela que usó el conde Aznar al pelear el año 761 con los sarracenos y conquistar la ciudad; la maza de hierro cincelado que sirvió de cetro a los primitivos soberanos aragoneses al prestar su juramento, y el famoso libro llamado de la Cadena, verdadera reliquia que consta de 105 grandes hojas de pergamino llenas de jeroglíficos y primitivos dibujos, y contiene una preciosa colección de fueros y privilegios otorgados a Jaca por el rey D. Sancho Ramírez y otros monarcas, fundamento del fuero aragonés, por ser los primeros privilegios y fueros que se otorgaron al condado y reino de Aragón. Este libro estuvo sujeto al muro por una cadena que aun conserva y que le dió nombre.

En la calle Mayor hubo, hasta hace poco tiempo, que sucumbió a manos de un comprador ignorante, una casa señorial que fué palacio de un caballero

adornan su parte exterior, de cuyos ángulos y del centro salen cinco pirámides finamente cinceladas que encuadran los escudos de Aragón y Hago, todo admirablemente trabajado, obra que pregonaba la importancia que tuvo la señorial morada.

A un extremo de Jaca, en la puerta llamada de las Monjas, dominando un hermoso panorama, se levanta la antigua iglesia y convento de San Ginés, que ocupan desde el año 1532 las *sorores* de Santa Cruz, venidas al abandonar el célebre y poderoso monasterio de Santa Cruz de las Seras.

Un espléndido sepulcro de alabastro guarnecido de preciosos relieves, guardador de los despojos de Doña Urraca, fundadora de aquel monasterio, y de D. Sancho y Doña Teresa, hijos del rey Ramiro I, se admira en la iglesia de San Ginés.

A dos kilómetros al Oeste de la ciudad se halla la ermita consagrada a la Virgen de la Victoria, en conmemoración de la célebre batalla y derrota que en aquellos campos, llamados de las Tiendas, sufrió

un poderoso y numeroso ejército agareno, que pretendía reconquistar la ciudad, victoria alcanzada por el conde Aznar y un puñado de cristianos, según cuentan las crónicas, el día 5 de mayo del año 761.

Desde el siglo x, en que se edificó el santuario, el pueblo de Jaca, el primer viernes de mayo, cuando los campos sonríen y reviven a los besos primaverales, celebra una fiesta en extremo original.

El Cabildo catedral acude procesionalmente, las autoridades, el municipio en corporación precedido de sus típicos maceros, rodeando al síndico que, vistiendo la histórica *gramalla*, empuña la bandera de la ciudad, y seguido del pueblo armado que antes ha pagado una *gabala* especial a la salida de la misma, llegan a las puertas del pequeño templo para celebrar primero un simulacro guerrero y después oír una misa de difuntos en memoria de los cristianos muertos en aquella refriega.

Después de bailoteos, ágapes y holgorios regresa la comitiva a la ciudad en igual forma que lo hizo por la mañana, incorporándose a la procción cuatro hombres que sostienen otros tantos palos en cuyos extremos se encuentran igual número de cabezas de moro, que recuerdan a los cuatro jaiques o capitanes muertos en la batalla; precedidos de un vecino representando al de Aznar, llevando el casco y escudo pertenecientes al mismo que se guardan en el archivo y que forman un chocante contraste con la indumentaria del individuo, como forman grotesco aspecto las *horribles* cabezas morunas que cimbrean en lo alto de los mástiles en aquella carnavalesca y típica, más que procesión, *cabalgata*.

EL CONDE DE CARLET.

(Fotografías del autor.)



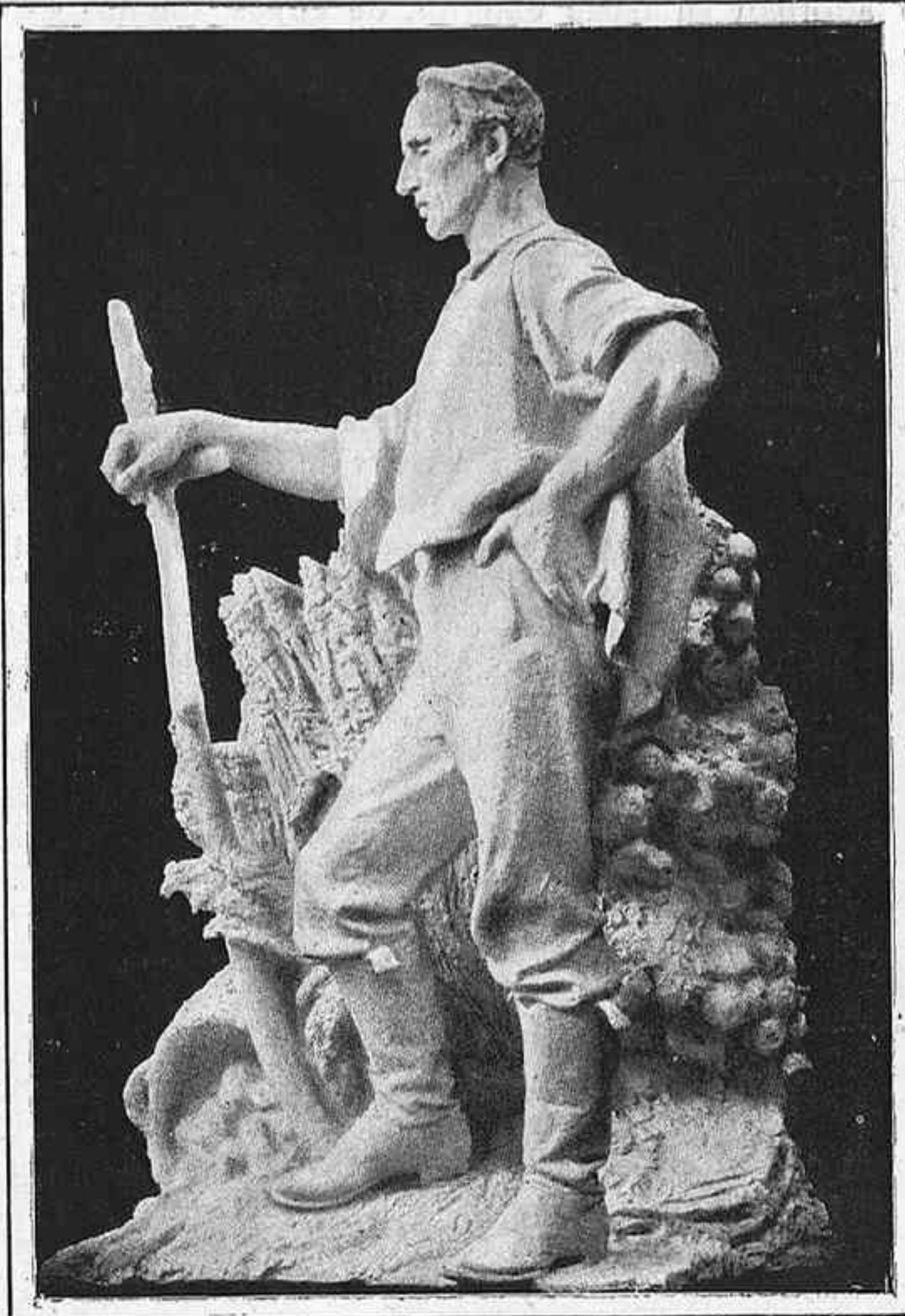
Jaca. - Puerta llamada de Estudios

aragonés de apellido *Hago*, casa que tuvo un patio gótico sostenido por elegantes y bien labradas columnas, repleto de molduras, escudos y frisos, y una antiquísima y monumental escalinata, y que conserva en una de sus salas, por casualidad en admirable estado, una chimenea monumental en forma de dosel sostenido por dos grifos de góticos calados que

Los antiguos, que rendian culto á la belleza, habrian levantado altares al

PETROLIO GAL
regenerador del cabello.

A. Ehrmann.



El segador,
estatua que forma parte del grupo de la Agricultura

El gobierno de los Estados Unidos celebró hace algunos años un contrato con el celebrado escultor norteamericano Pablo Wayland Bartlett para el decorado escultórico del frontón del Capitolio de Washington.

En la actualidad está casi terminada la obra del Sr. Bartlett y de la bondad de la misma podrá juzgarse por los fragmentos que reproducimos adjuntos, tomándolos del «Boletín de la Unión Panamericana».

La idea capital en que toda la obra está inspirada es la democracia americana representada por tipos de sus obreros; y en el centro de la composición, como principal símbolo, destácase, presidiendo el resto de aquella, la Paz protegiendo al Genio. La figura de la Paz es una matrona envuelta en un manto que casi oculta por completo su cota de malla; su brazo izquierdo descansa sobre un escudo, y el derecho se extiende sobre la juvenil figura del Genio que yace confiado a sus pies sujetando la antorcha.

El lado derecho del frontón se ha destinado a la Agricultura y a la vida campestre, y el grupo que ha de ocuparlo se compone de tres figuras: un segador, un mancebo y un agricultor con un buey. El segador está de pie, en un campo, y empuña una guadaña, y sus facciones se parecen mucho a las de Lincoln, el Presidente mártir de los Estados Unidos; el mancebo tiene sus ojos fijos en el espacio como mirando al porvenir; el agricultor, recostado sobre un enorme buey, es un hombre de recia cortadura que hace recordar los fuertes e intrépidos colonizadores que en época muy lejana atravesaron los llanos y las praderas de los Estados del Oeste.

ESCUPTURAS QUE HAN DE DECORAR
EL FRONTÓN DEL CAPITOLIO DE WASHINGTON
(Del «Boletín de la Unión Panamericana».)

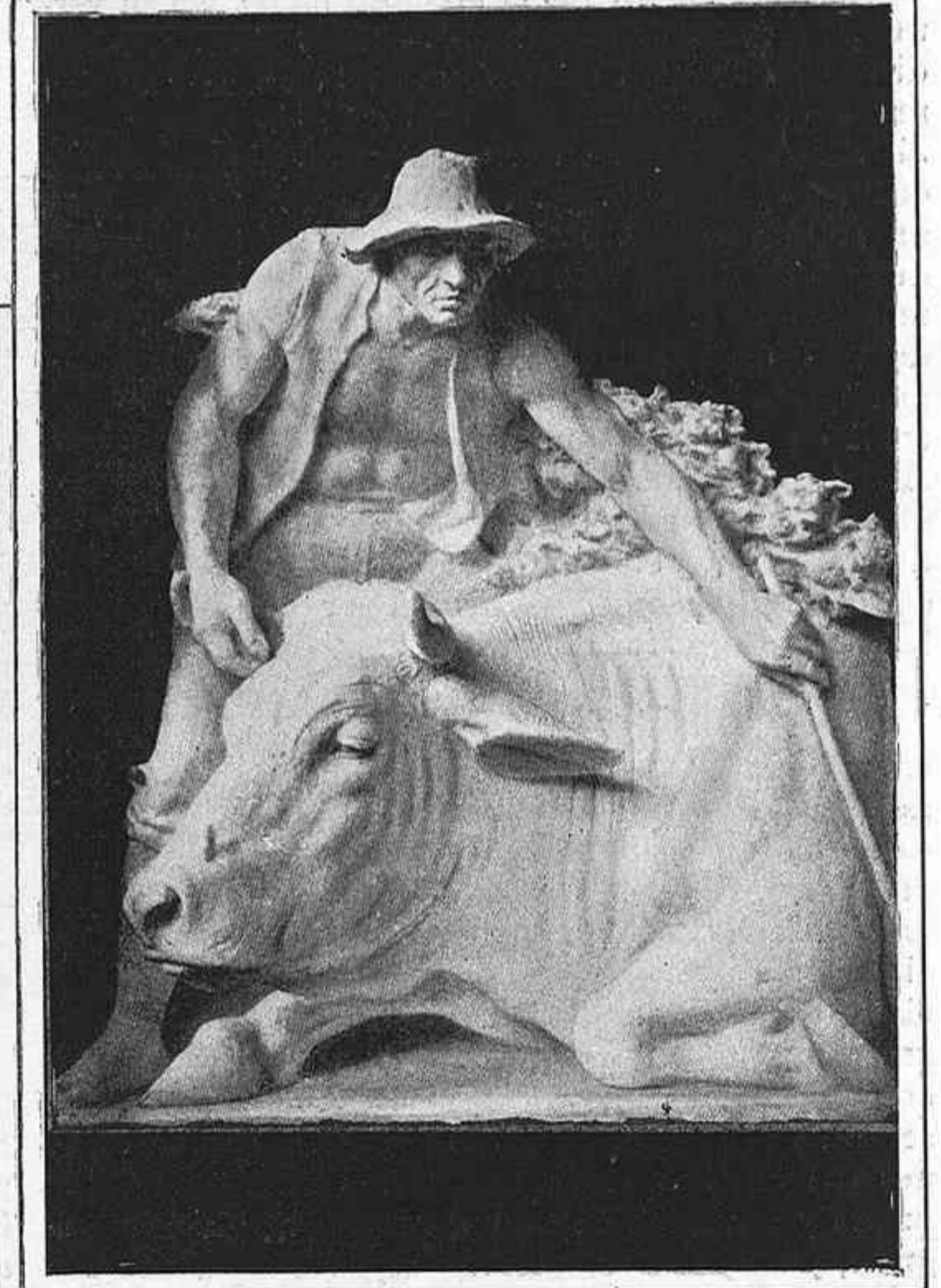


La Paz protegiendo al Genio,
grupo central del frontón

El grupo del lado izquierdo del frontón representa la Industria y consta en su primera porción de cuatro figuras: un impresor, en el fondo, que examina unas galeradas que acaban de salir de la prensa; un herrero apoyado en su martillo; un fundidor vertiendo metal, y un ayudante que contempla la obra. A continuación de este grupo hay una alegoría que simboliza la fabricación de géneros representada por una mujer, sentada al lado de un torno de hilar, que mide una larga pieza de lienzo. Más allá se ve un detalle de la vida en la costa: un muchacho, en su bote, acaba de pescar un pez muy grande que aumentará el número de los que ya ha dejado seguros en la playa.

Los dos extremos del frontón terminan en sendas olas que simbolizan el Atlántico y el Pacífico, límites oriental y occidental respectivamente de los Estados Unidos de la América del Norte.

El frontón tiene una longitud de 27 metros y el espacio para los grupos escultóricos es de unos 20; su altura, en el centro, es de unos 4 metros y la cavidad del tímpano tiene 1 metro de profundidad.



El agricultor,
estatua que forma parte del grupo de la Agricultura

Completa este grupo otro que representa a una mujer con su prole recogiendo la cosecha del campo: mientras está ocupada en recoger el maíz se detiene un momento para contemplar a sus hijos; un niño desnudo que aparece a su lado lleva un racimo de uvas, y un poco más lejos, otro niño, que tiene a sus pies un corderillo dormido, acaricia un camero.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

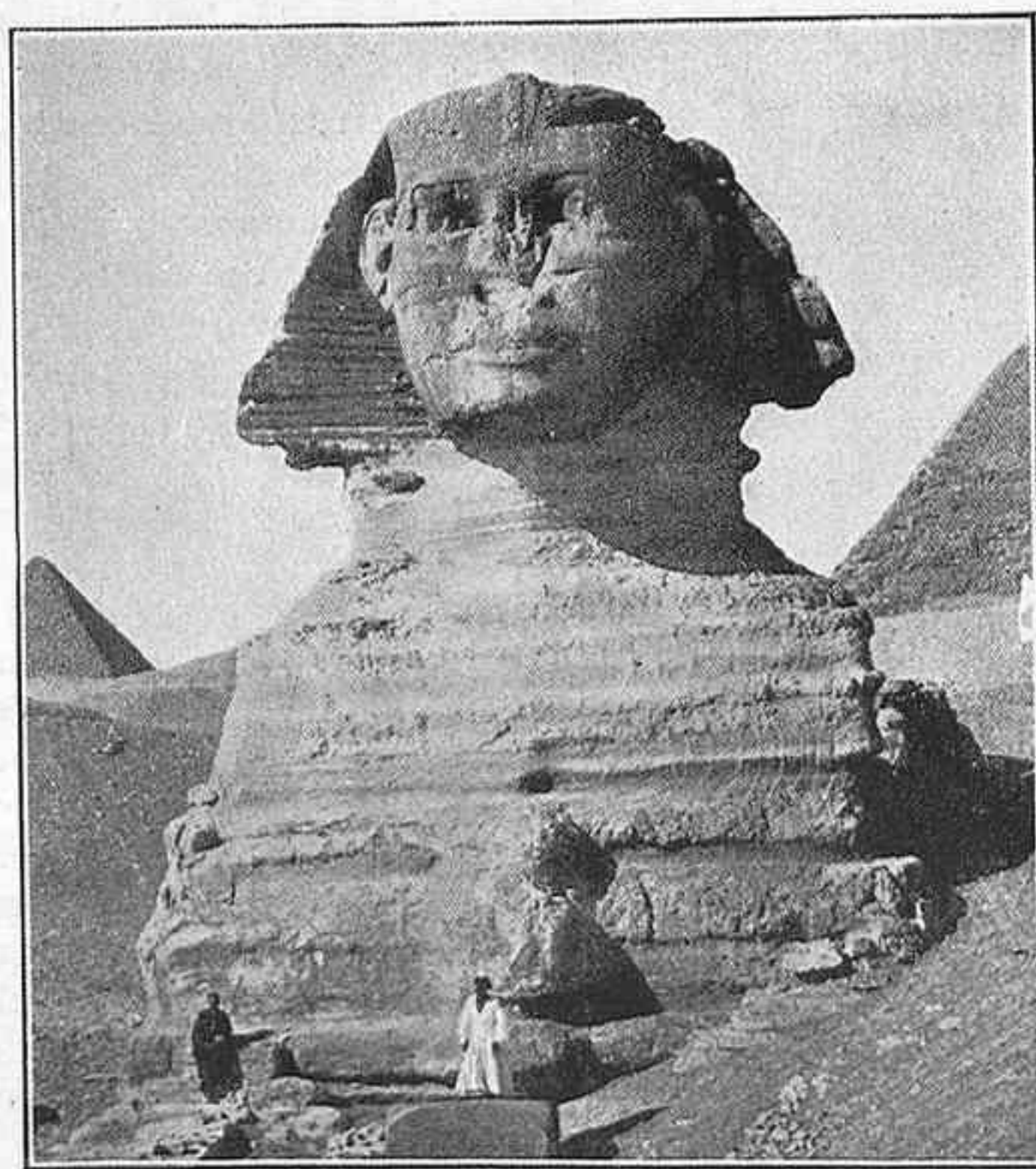
POR AUTORES O EDITORES

POR LA REGIÓN AZUL, por *Emilio Muñoz García*. — Colección de poesías muy inspiradas y sobre todo muy intensamente sentidas. Predomina en la mayoría de estas composiciones un sentimiento de apacible melancolía y en todas ellas admírase una sinceridad poco común en las creaciones de los poetas de nuestros días. Escritas en diversidad de metros, las poesías del Sr. Muñoz García son de una armonía y de una

corrección irreprochables, fluyendo los versos con una facilidad que revela el temperamento de un verdadero poeta. Un tomo de 104 páginas impreso en Béjar en el establecimiento tipográfico de F. Muñoz. Precio 2 pesetas.

EL LIBRO DE LA SALUD. — Cartas de un médico destinadas a la lectura en las escuelas elementales. Por *Ricardo Pradels y García Muñoz*. — El mejor elogio que podemos hacer de este libro es decir que ha obtenido el premio creado por el sabio higienista Dr. Rodríguez Méndez en la Real Academia de Medicina de Barcelona y que esta docta corporación, en su dictamen, dice de la obra del Sr. Pradels, entre otras cosas,

«que es de estilo ameno y claro; que el lector sigue en ella sin fatiga la exposición de temas higiénicos importantes e indispensables de conocer sin que en ella se acuda a terminismos difíciles; y que todo en ella está pensado y es asequible a inteligencias de niños de corta edad.» *El libro de la salud* es no sólo un manual completo de higiene sino que, además, contiene algunos capítulos interesantes sobre los socorros en casos de accidentes de todas clases, sobre los cuidados generales que deben prestarse a los enfermos y sobre los microbios, enfermedades y vacunas. Un tomo de 175 páginas, con más de cincuenta grabados y con sólida y elegante encuadernación, editado en Barcelona por Luis Gili; precio, una peseta.



EGIPTO. — LA GRAN ESFINGE DE GIZÉH

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se compone de los tomos siguientes, que se venden juntos o separados a pagar a plazos mensuales:

HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA. — En todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres. — Un tomo con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Se vende a setenta y cinco pesetas, lujosamente encuadernado.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE. — Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías dibujadas por el celebrado artista Federico Hottenaath. Se venden, artísticamente encuadernados, al precio de ciento quince pesetas.

HISTORIA DEL MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS. — Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza y porcelana. Se vende encuadernada al precio de setenta pesetas.

LA ORNAMENTACION. — Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones a través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende encuadernado al precio de setenta pesetas.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA. — Tres tomos profusamente ilustrados con grabados intercalados y láminas sueltas en negro y colores. Se vende, artísticamente encuadernada, al precio de ciento sesenta pesetas. — Los pedidos a los editores de la obra, Sres. Montaner y Simón, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN